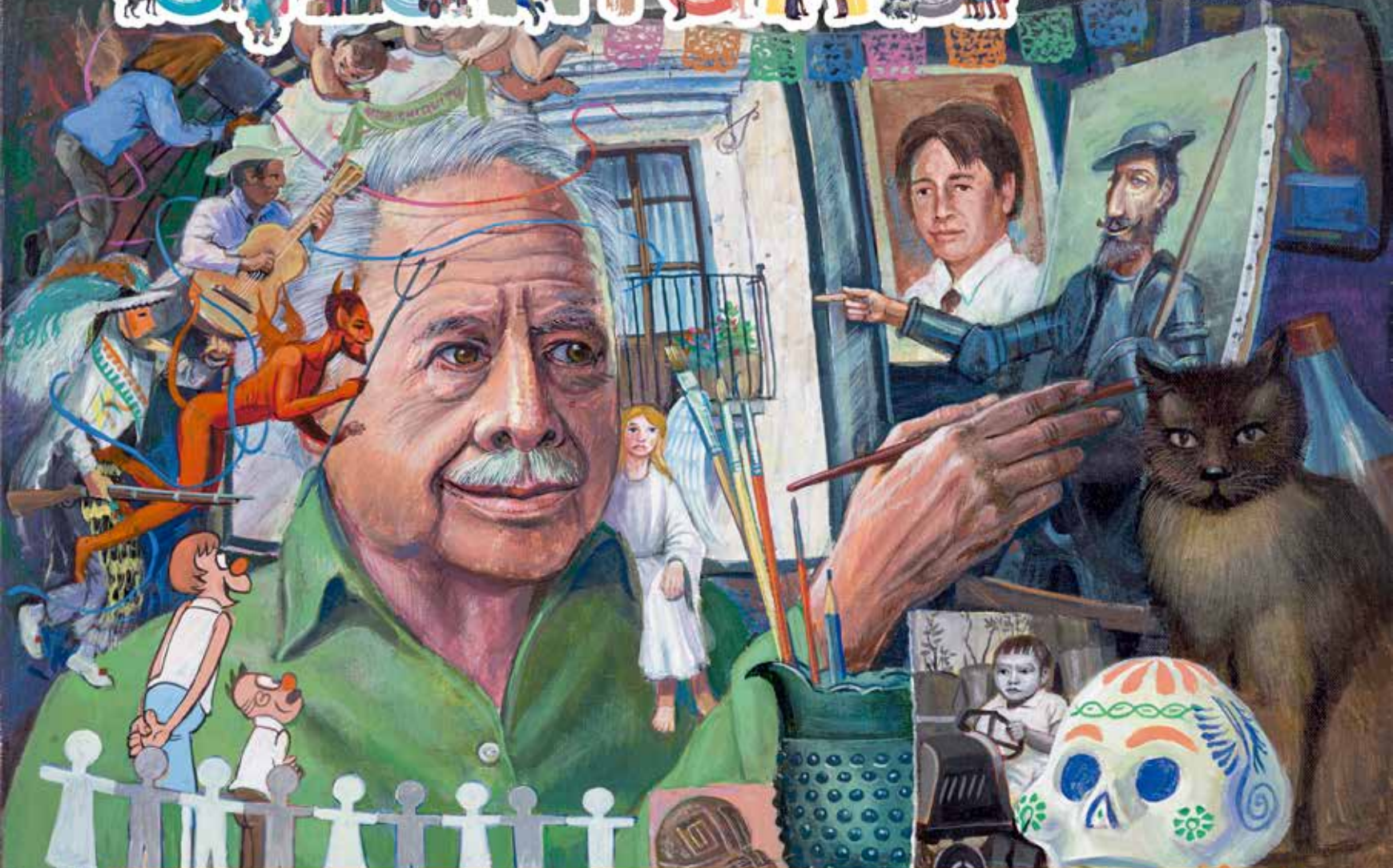


CRÓNICAS

DE
FERNANDO
CASTELLANOS



MECIÓN HONORÍFICA EN LA EDICIÓN XXV DEL PREMIO INAH
"ANTONIO GARCÍA CUBAS"
2023



PUEBLA
Un gobierno **presente**



Secretaría
de Cultura



Fer. Castellanos

CRÓNICAS

de Fernando Castellanos



PUEBLA
Un gobierno *presente*



Secretaría
de Cultura



Textos

© Mariano Castellanos Arenas

© Isabel Fraile Martín

Fotografía:

© Josué Saúl Benítez López

Primera edición digital, Secretaría de Cultura de Puebla
Puebla, Puebla, México, octubre de 2024

D.R. Gobierno del Estado de Puebla
Av. Reforma 1305, Centro Puebla, Pue. C.P. 72000
ISBN: 978-607-8832-84-2

Gobierno del Estado de Puebla

Sergio Salomón Céspedes Peregrina
Gobernador Constitucional del Estado de Puebla

Nguyen Enrique Glockner Corte
Secretario de Cultura

Rafael Navarro Guerrero
Director General de Patrimonio Cultural

Karina Fernández Ponce
Directora de Acervo Cultural

Manuel Espinosa Torres
Jefe del Departamento de Fototeca, Videoteca y Fonoteca

Jesús Daniel Juárez Cruz
Jefe del Departamento de Investigación y Difusión

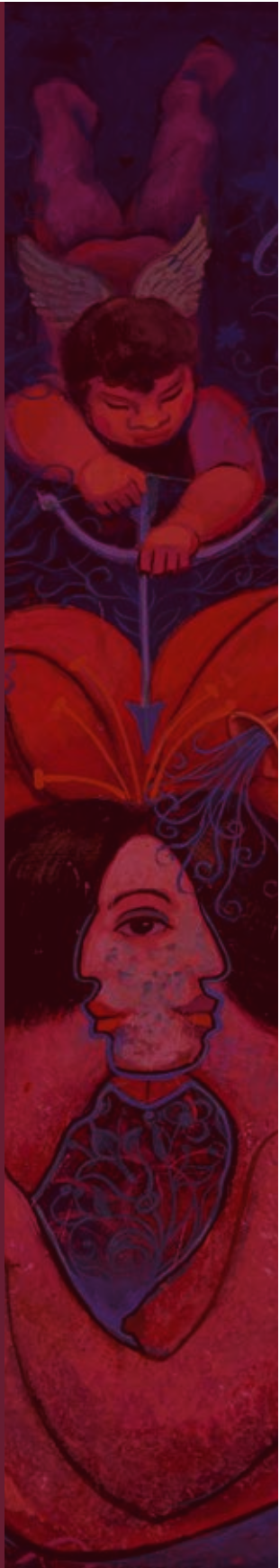
Lino Xavier Cantorán Ortiz
Diseño editorial

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a otro sistema informático, ni su transmisión por cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la Secretaría de Cultura de Puebla.

Derechos reservados conforme a la ley.
Ejemplar de distribución gratuita

INDICE

SEMBLANZA	15
INTRODUCCIÓN	25
RECUERDOS	39
OFICIOS	59
ENTORNO URBANO	81
ENTORNO SOCIAL	97
RECREACIÓN	113
ARQUITECTURA & PAISAJE	135
IMAGINARIOS	175







SEMBLANZA



Siete décadas de trayectoria

Mariano Castellanos Arenas

Fernando Castellanos Centurión nació en 1937 en el corazón de la ciudad de Puebla, cuando esta tenía apenas unos 138 mil habitantes. Aquí creció, estudió y trabajó, siempre atento a los detalles de la vida urbana, capturando perspectivas del paisaje, personajes e historias, logrando originales interpretaciones de la cultura popular. Así pues, durante las últimas dos décadas ha pintado sus memorias en esta urbe.

A lo largo de su trayectoria artística, realizó innumerables obras basadas en el costumbrismo, el realismo, el surrealismo y el arte abstracto. Algunas técnicas de su predilección han sido el óleo, el acrílico, la acuarela y técnicas mixtas; de esta forma, siempre experimentando con diversos materiales ha ido creando un estilo propio. También ha incursionado en el grabado, la ilustración y la escultura, con infinidad de temas, personajes y paisajes, tanto rurales como urbanos.

Fernando Castellanos proviene de una familia de artistas, su madre fue María Centurión, quien siendo muy joven trabajó con los hermanos Veremundo y Yucundo Ravelo, escultores de imágenes religiosas de esta ciudad, los cuales tenían un taller frente a la Catedral, por ahí de los años 30. Ella realizó sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Puebla y ahí conoció al padre de Fernando, el maestro Juan Castellanos, con quien se casó y procrearon dos hijos más: Felipe y Gerardo, que se dedicaron, de igual manera, al oficio de las artes plásticas.

El padre de Fernando, por muchos años, se dedicó a dar clases de pintura y



fue cofundador del Barrio el Artista, junto con otros profesores de la Academia, como Faustino Salazar y los hermanos José y Ángel Márquez Figueroa. Realizó importantes obras en pintura y talavera dejando una impronta, como las fuentes del Paseo Bravo en las que se aprecia una alegoría del charro y la China Poblana, o el tablero de la fachada del exconvento de la Santísima Trinidad, donde plasmó la imagen de aquellos que trazaron la ciudad a inicios del siglo XVI. También trabajó como dibujante en la fábrica textil VIC, donde las telas eran estampadas a mano con una técnica japonesa. Fue allí donde Fernando, al ayudar a su padre con esa tarea, tuvo contacto con el trazo de formas y el uso de los colores.

El abuelo materno de Fernando fue Manuel Centurión, artista egresado de la Academia de San Carlos, en la Ciudad de México, excelente escultor y orfebre como su padre, Mariano Centurión (bisabuelo de Fernando), cuyo hermano, Pedro Centurión, fue director de la Academia de Bellas Artes de Puebla en la segunda mitad del siglo XIX. Además de Manuel, Mariano Centurión tuvo otros dos hijos más que también se dedicaron al arte, Eduardo y Mariano.

Al crecer entre talentosos artistas, desde muy pequeño Fernando demostró gran habilidad para el dibujo. Su padre estaba tan orgulloso de él que presumía a sus amigos lo bien que copiaba a los futbolistas y luchadores de las revistas de deportes de aquella época, así como a los personajes del *Cancionero Picot*, Chema y Juana; él era un charro con un mechón de pelo sobre la frente, sarape al hombro y guitarra y ella, una mujer vestida de China Poblana, de tez morena, ojos grandes y trenzas.

Cuando Fernando tenía 15 años y concluía su instrucción básica, su hogar atravesaba por una difícil situación económica; entonces, su padre se vio obligado a llevarlo a trabajar con amistades cercanas a la familia en una tienda de abarrotes. Fernando se negó rotundamente a truncar el sueño de ser artista y se dedicó a trabajar con más determinación en sus pinturas, logrando vender su

primera obra costumbrista al reconocido fotógrafo Juan Crisóstomo Méndez. Su padre, convencido de la pasión y del firme compromiso de Fernando de dedicarse profesionalmente al arte, le permitió ingresar a la Academia de Bellas Artes, justo en una época de grandes transformaciones políticas, económicas y culturales.

Al tiempo que estudiaba en la Academia, trabajaba la orfebrería religiosa en el taller del maestro José López Sánchez, un oaxaqueño vecindado en el centro de la ciudad, donde se labraban finas piezas como cálices, copones, coronas, relicarios, incensarios, sagrarios, aureolas y otros trabajos de joyería en oro y plata. Al principio realizó tareas sencillas, y después obras más complejas, cinceladas o soldadas. Esta época es recordada por el artista con mucha nostalgia porque fue un periodo que, a pesar de que el trabajo no era bien remunerado le aportó mucho aprendizaje y experiencia, que posteriormente le permitió desarrollar la habilidad de crear obras mixtas en cobre y latón, así como piezas repujadas, labradas, soldadas y ensambladas, también en oro y plata, tanto en la joyería, como en creaciones escultóricas y lienzos, logrando piezas excepcionales.

Es importante resaltar que una de las virtudes de Fernando es que ha estado en permanente aprendizaje: sobre la perspectiva, la geometría, los colores, la anatomía humana y animal, los volúmenes y las texturas. De esta manera, el artista siempre ha experimentado con otras técnicas y corrientes artísticas con su propio estilo, lo que le ha permitido crear una infinidad de obras. Cabe señalar que muchas de ellas forman parte de colecciones privadas en varios estados de la república y en el extranjero.

Durante la década de 1950, justo en el periodo del llamado “milagro mexicano”, la ciudad de Puebla se transformaba rápidamente, a pesar de ello aún se podían apreciar bellos parajes, como los vistos desde el cerro de San Juan o Centépetl, mejor conocido como cerro de la Paz. Fue desde ahí que Fernando, a sus escasos 17 años, logró captar con acuarelas su primer

paisaje: la Cementera Atoyac, ubicada al noroeste de la ciudad; inmueble que hoy ocupa el Archivo General Municipal, repositorio que conserva documentación histórica desde su fundación.

Al cumplir 25 años de edad, el artista se convirtió en catedrático en la Academia de Bellas Artes, la misma donde su tío bisabuelo fue director, en la que impartía dibujo lineal, perspectiva y grabado. Siendo titular de esta última asignatura creó un taller de esta técnica junto con sus alumnos; además de tener a su cargo la galería Antonio Jiménez de las Cuevas, en la citada institución, cumpliendo exitosamente con esta importante tarea. Asimismo, en esa misma época Fernando se casó con Irene Arenas Garmendia, una hermosa señorita, también exalumna de la Academia, de la cual quedó enamorado y juntos procrearon cinco hijos (Irene, Claudia, Fernando, Fabian y Mariano).

Unas de las actividades que Fernando más ha disfrutado es el paseo y la pintura al aire libre, donde ha captado escenas de la vida cotidiana. Desde sus días en la Academia, solía realizar excursiones en compañía de algunos profesores y colegas. Un recuerdo muy sobresaliente de aquella época fue visitar la vecindad que estaba en el claustro del exconvento de Santa Rosa; dicha visita le generó el placer de dibujar con detalle el ambiente del lugar, como las desteñidas habitaciones, los pequeños talleres de dulceros, la vida cotidiana de las mujeres que lavaban y tendían la ropa mientras los niños jugaban por todos lados. Fue así que él captaba el espacio y la dinámica de los habitantes que entraban y salían del vecindario.

En la década de 1970, durante el movimiento estudiantil, un grupo de la Universidad Autónoma de Puebla tomó el edificio sede de la Academia, conocida como la Casa de las Bóvedas (Juan de Palafox y Mendoza 2406). Para ese momento, Fernando había cumplido 36 años de edad y fue precisamente el 1 de mayo de 1973 que, después de haber desfilado como trabajador de la educación,



Imagen de profesores y alumnos de la Academia. El primero, Fernando Castellanos y el tercero Juan Castellanos, de derecha a izquierda.
Fuente: Fernando Castellanos Centurión.



Fernando Castellanos Centurión.





junto con sus compañeros caminaban cerca de la Academia cuando fueron testigos de la refriega estudiantil. El inmueble nunca fue devuelto y la institución tuvo que ser reubicada en otra sede y se convirtió en el Instituto de Artes Visuales del Estado de Puebla; no obstante, continuó siendo docente en esta institución.

Fernando Castellanos, como jefe de familia tuvo que trabajar mucho para sacarla adelante. Mientras se dedicaba a la docencia, también laboraba en la Casa de la Cultura. Gracias a su vasta experiencia como gestor y promotor de artes plásticas en la Academia, entre las décadas de 1970 y 1980, promovió una gran cantidad de exposiciones temporales de artistas locales, nacionales e internacionales, posicionando al recinto como un referente regional en la exhibición de las artes visuales. En esa misma época, fue miembro del colectivo Artistas Unidos de Puebla y del Jardín del Arte Sullivan en la Ciudad de México, a la que cada domingo se trasladaba para vender su obra; por más de siete años vendió así cientos de cuadros. Luego se hizo miembro del grupo de acuarelistas del Barrio del Artista.

Recibió diversos premios y distinciones, entre los que podemos citar: primer lugar en el concurso “Cartel de la Feria del Libro” (1954); primer lugar en el “Concurso de pintura sobre la Revolución Mexicana” (1968), primer lugar en el concurso “Cartel Puebla Ciudad Musical” (1985), con destacadas participaciones con temas de la Revolución Mexicana, la Intervención Francesa y sobre Benito Juárez. Lo anterior, aunado a más de 20 exposiciones individuales y más de 60 exposiciones colectivas, locales, nacionales y en el extranjero, a lo largo de su carrera.

Durante los años 80, el artista comenzó a construir nuevos universos. Se adentró en la obra *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, creando innumerables alegorías y retratos del espigado personaje. Para ello

no solo estudió el libro, sino la época y sobre todo el diseño de armaduras, yelmos, espadas, cascos, cotas y armas del Medioevo y el Renacimiento. Así, pudo plasmar en su trabajo detalles de formas y colores del metal pulido, oxidado o con abolladuras, para lo cual utilizó pasta texturizadora, logrando sutiles relieves en cada trabajo. Se debe destacar que, después de una entrevista, Fernando decidió dar un giro a su composición pictórica, porque no quería que lo encasillaran, declaró: como el “pintor de los quijotes”.

En esa misma década, con la declaratoria del Centro Histórico como Zona de Monumentos (UNESCO, 1987), se generó una nueva mirada de la sociedad hacia su pasado material, por lo que el artista transformó su estilo y configuró una nueva forma de vivir la urbe, el paisaje y sus personajes. La composición que solía emplear transitó por nuevas formas de expresión, con nuevos imaginarios. A sus casi sesenta años de edad, jubilado de todo trabajo institucional, alcanzó un auge importante. Aunque continuó interpretando su entorno creando obras que salían de lo común, trabajos repletos de experiencias oníricas y relatos de otros mundos.

En 1999 los habitantes de la ciudad experimentamos, literalmente, una sacudida. Un fuerte sismo afectó gravemente el patrimonio arquitectónico del estado y, sobre todo, de nuestro Centro Histórico. Todos salimos a observar una ciudad con colapsos y pérdidas, pero Fernando Castellanos logró enfocarse en los detalles y comenzó, más que en otras etapas de su vida, a registrar la memoria de la ciudad y sus vivencias en ella. Además de seguir en la búsqueda de formas y colores, en este nuevo estilo de obra nos ha narrado con gran sensibilidad y una impresionante capacidad, metáforas visuales de la ciudad: volúmenes, movimiento y hasta sonidos.

Fernando como gran observador de la cultura urbana, tiene el mérito de que entre sus colegas lo





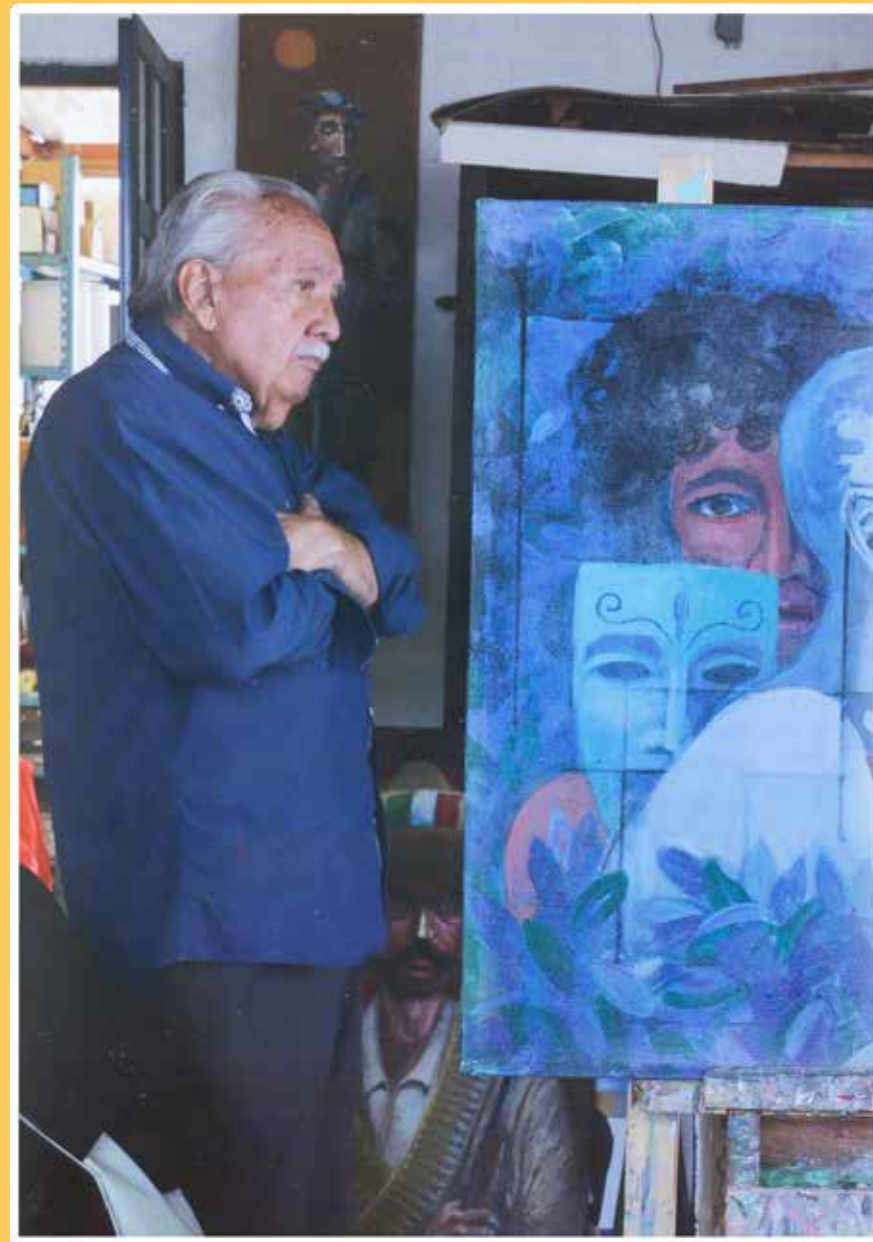
Pero la obra va más allá de la descripción pictórica de la vida cotidiana, tiene verdaderos elementos estéticos de las tradiciones y las costumbres y ha incluido en sus composiciones, a manera de homenaje, referencias a la obra literaria de Jorge Ibargüengoitia y de artistas como Diego Rivera, José Guadalupe Posada o Gabriel Vargas, hasta las canciones de Chava Flores.

La obra de Fernando Castellanos Centurión, urbana, onírica o abstracta, sin lugar a dudas constituye una herencia cultural. Este talentoso artista ha creado todo un universo con su trabajo, no solo un estilo y una escuela, sino una manera de vernos a nosotros mismos. Con una gran destreza y dominio del oficio ha entablado un diálogo con el escenario, la trama y el drama a través de la pintura, reconstruyendo desde sus recuerdos una nueva historia de Puebla.





INTRODUCCIÓN



Acercamiento estético

Isabel Fraile Martín

La obra de Fernando Castellanos Centurión, cuidadosamente seleccionada para esta muestra, exhibe una buena parte de la producción de este autor que reflexiona de forma especial acerca de su entorno inmediato. Esta característica se aprecia en una notable selección de piezas que están encaminadas, en gran medida, hacia temáticas populares en las que es fácil advertir su discernir creativo, enfocado en rescatar su mundo más personal y cercano. Cabe señalar que su carrera, amplia y prolija, aborda temáticas diversas que van desde incursiones en el imaginario mexicano tradicional hasta la búsqueda de elementos que nos remiten al aspecto surrealista del arte, pasando por un mundo íntimo y relajado, que nos conduce al contexto rural, donde explora los límites de la luz y el paisaje. Sin embargo, para los intereses de este texto, que nos introduce en la obra del maestro, vamos a referirnos, exclusivamente, a su producción costumbrista, notable y abundante en su trayectoria, en la que de forma extraordinaria se regocija en el tejido urbano de Puebla hacia donde, sin lugar a dudas, se dirigen todas nuestras miradas.

El catálogo de obras que el lector tiene en sus manos muestra de manera excepcional el oficio que el artista apunta hacia el género costumbrista, una tipología del arte que en términos pictóricos tiene larga tradición en México y, particularmente, en Puebla. La pintura costumbrista pone especial interés en trasladar al lienzo las características propias de una región, un país o un territorio concreto. Eso es lo que precisamente hace Fernando a lo largo de su carrera, representar la historia de Puebla de los últimos setenta años, con





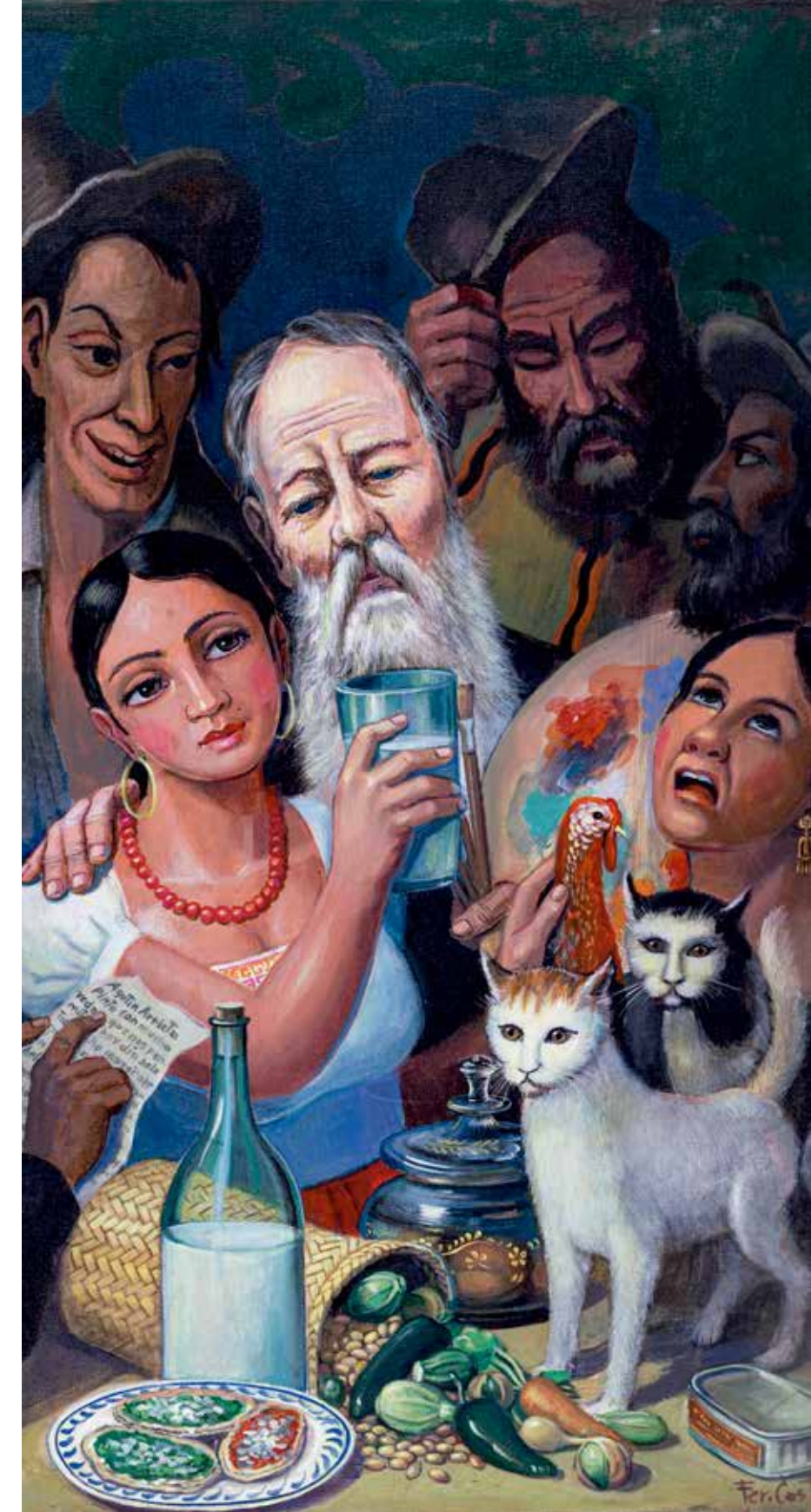
tal veracidad y acierto que genera detalles de la realidad que no escapan a nues-tro tiempo, porque siguen formando parte de la urbe de nuestros días. En los pinceles de su obra florece el costumbrismo cuando advertimos los lugares comunes de la ciudad en la que ha vivido el artista a lo largo de toda su existencia, mezclando en sus cuadros realidad junto a recuerdos, pasado con presente, todo ello captado con vivaces colores que no desarmonizan su pintura. De ahí que su obra nos resulte atemporal, porque no sólo conocemos los sitios que interpreta, sino que con bastante facilidad podemos sentirnos parte de sus pinturas, como si fue-ran amplios escenarios en los que nosotros mismos nos movemos como verdaderos protagonistas. La Puebla que él pinta es también la nuestra, la de todos y cada uno de nosotros.

En todas estas obras existe un claro referente creativo al que, con total seguridad, admiró el propio Castellanos. Es difícil que al ver, analizar y mirar su pintura, no venga a nuestra mente el recuerdo de Agustín Arrieta, el maestro poblano del género costumbrista, quien gozó de una prestigiosa carrera gracias a la interpretación de rincones populares, bodegones rebosantes y escenas concurridas de característicos personajes. Como si de un aventajado discípulo se tratara, Fernando bebe de la riqueza temática de su colega, como hace al pintar La Pulquería, donde actualiza la mirada del propio Arrieta, penetrando en el interior de estos lugares singulares a los que explora con tal rigurosidad que pareciera que estamos asomados por una pequeña ventana para ver sin ser vistos. Una mirada que nos muestra un rincón atestado de personas que se apropian del lugar para socializar, creando una comunidad en la que beben, bailan y cantan. Igual que nosotros seguimos haciendo en las cantinas o en los bares de nuestro barrio, nos adueñamos de estos territorios para co-nocernos, para relajarnos, para contaminarnos de la alegría de estar junto al otro.

Desde el punto de vista técnico, conviene destacar el manejo de varias y muy diferentes

metodologías artísticas a lo largo de su carrera. En toda ella se aprecia una pincelada brillante que genera perfiles alegres y vitalistas, haciendo un uso constante de formas sinuosas, a base de trazos curvilíneos, que son una parte esencial en su manera de pintar. En sus cuadros, en los que siempre prevalece una paleta cromática inspirada en colores vivos, se advierte la presencia de lugares que reconcilian al ojo del espectador con su medio habitual. El artista experimenta con sus pinceles el desarrollo de temáticas comunes que, por un lado, muestran universos infinitos, cuando nos remiten a momentos universales; pero también nos llevan a contextos locales, cuando nos retrata la vida en la ciudad de manera magistral, a base de detalles imperceptibles de la historia cotidiana que inundan sus cuadros y nos remiten a una Puebla legendaria que, a pesar del paso del tiempo, sigue siendo cercana. De esta forma, su pintura reproduce con atino los lugares y los espacios que rodean nuestras dinámicas diarias y, a pesar de recurrir a formas redondeadas cargadas de expresividad, aborda estos temas con grandes dosis de realidad, rescatando las costumbres y tradiciones de nuestro entorno.

Dentro del género costumbrista podemos considerar que establece dos tipos de diálogos con el entorno. El primero de ellos pone acento en el mundo cercano, propio, incluso íntimo del autor y en él vamos a ver reflejadas las obras que plasman relatos propios de familia y vecindades. El segundo tipo de pinturas del artista que queremos destacar es aquel en el que se establece una relación más vinculada con el espacio exterior, es decir, el contexto urbano donde se desenvuelve su vida cotidiana; de ahí que sea frecuente trasladar estas otras pinturas a lugares reconocidos de Puebla, a la par que nos trasladan a zonas y lugares donde las vidas se entrelazan de manera apremiante con el espacio público. Todas estas variantes de su trabajo costumbrista, elaboradas con las características propias de su oficio, basado en el uso de formas sinuosas y tonalidades vivaces, son las que nos aproximan a este conjunto selecto de obras del pintor.



En la primera tipología de obras costumbristas, el autor refleja la vida cotidiana de hombres y mujeres de nuestro tiempo, desenvolviéndose y afanándose en su quehacer diario. Destaca el encanto con el que refleja diferentes vecindades, sobre todo representando los espacios comunes en las viviendas, esas áreas de constante trasiego que reúnen a todos. Así aparece en su interesante *Escalera*, en la que a la zigzagueante composición interrumpen moradores del lugar y múltiples chiquillos, muy abundantes por cierto a lo largo de toda su obra, que en este caso juegan en las escaleras en compañía de varios perros. Para el cuadro de *La Vecindad*, el autor elige el patio como centro de convivencia de una comunidad llena de personajes curiosos, todos ellos protagonistas de un sitio donde exhiben su intimidad doméstica en mitad de un espacio abierto, con vendedores ambulantes y en presencia de más niños que no en pocas ocasiones representa en medio de la algarabía, animando el lugar. En este mundo de vecindades se daban circunstancias sociales muy particulares que invitaban al encuentro y a llevar a cabo una experiencia de vida comunitaria muy específica. Fernando, conocedor de ello y seguramente habiendo participado en su juventud temprana de estas dinámicas, no duda en interpretarlas en obras como *La azotea*, que aglutina en lo alto del hogar una fraternidad entre vecinos que se apropian del espacio con acciones muy diversas. Otro de los momentos mágicos que recupera el pintor es a través de *La familia y la televisión*, mostrando un nostálgico recuerdo a aquellas noches en las que propios y extraños convivían en el estrecho espacio doméstico alrededor del novedoso aparato. Eran días donde los lazos entre vecinos se extendían más allá de los marcos de la vivienda, una época que el artista logra captar a la perfección en este tipo de escenas.

Dentro de su interés por representar la vida cotidiana, ya sea a través de las vecindades o en el espacio público al que luego nos referiremos, en cualquiera de los casos, debe reconocerse el encanto con el que el autor trabaja los conjuntos sociales, dentro de estos contextos tan diversos y, a la vez, cercanos. Reproduce de manera frecuente las escenas familiares, donde los más pequeños

cobran especial protagonismo y a menudo los interpreta inmersos en juegos tradicionales que, muy seguramente, sean fieles a los recuerdos de la infancia del propio autor. Estos acontecimientos los recrea, una y otra vez, con su uso particular del color, sin duda una de las características más efectivas de su obra con el que genera, a la postre, un mundo alegre y vital fácil de reconocer: el mundo particular de Fernando Castellanos. En cualquiera de estas escenas se aprecia que la comunidad de vecinos siempre trasciende más allá de sus vínculos primarios, se entrega a los demás de manera constante y comparte con el resto una vida entera que se plasma en una serie de capítulos pictóricos, donde quedan latentes los modos de convivencia e interacción. El resultado es el conjunto de una serie de obras de carácter animado, con atractivo colorido y fuerte sentido humano pues la interacción entre los personajes es vital en su obra. Lo apreciamos en *Juegos Infantiles*, donde varios niños comparten distintos juegos tradicionales. Bajo el título de *Recuerdos* el artista continúa sumergido en su más tierna infancia, interpretando con los pinceles de su arte esa vida sencilla, de pequeños alegres que se divierten juntos y recorren las calles de su barrio. En su profundo estudio social tampoco abandona a los adolescentes, los mismos que aparecen en *La Pandilla*, que homenajea el momento en el que se reúnen para platicar confidencias al margen del resto, alejados del mundanal ruido que estaría tras el muro que los cobija. De esta manera, a través de estas piezas recaba fielmente el comportamiento tanto de los más pequeños que juegan en las calles sin mayor preocupación, así como de los jóvenes que, en sus años al igual que en los nuestros, se encuentran en lugares más privados, buscando su sitio en esta ciudad tan nuestra que, aunque en algunas de sus pinturas no logremos identificar, siempre está en el fondo de cada composición.

Gran parte de la alegría que se advierte en su obra se debe a la interpretación de momentos muy concretos en la vida de los habitantes de la ciudad, lo que sirve de base a muchas de sus pinturas. Este interés por lo festivo en sí es, precisamente, otro de

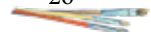
los temas de fondo que encontramos en algunas de sus escenas más representativas, que de manera clara se inspiran en el mundo de las cantinas y los locales de ocio a los que representa con todo lujo de detalle. Las obras que defiende con este perfil son varias en su repertorio y van desde *El Tinacal* a la *Cantina*, a través de diversos cuadros en los que explora el aspecto más social del ciudadano. Contextos diversos en los que sus protagonistas se sientan alrededor de una mesa donde rien y se divierten por igual al son de la canción, esas melodías que en muchas de sus pinturas se representan a través de aficionados tocando instrumentos musicales. Así podemos apreciarlo en la pieza *En la casa de la gorda*, donde las maracas y la guitarra nos invitan a mover los pies.

Aunado a todo este mundo que representa nuestro artista, que va desde su interés por la vida cotidiana a través de las vecindades al esplendor de lo festivo en los locales de ocio, nos interesa también su manera de trasladar esas reuniones y esos encuentros sociales del mundo privado al espacio público, donde se concentra la segunda tipología de temática costumbrista que aborda el autor. Para adentrarnos en ella, apreciamos un conjunto de piezas que indaga en las múltiples posibilidades que ofrece la ciudad como escenario ideal para generar estos vínculos y momentos de interacción social. A este respecto podemos destacar pinturas como *Río San Francisco*, en la que se hace un esbozo de una zona del centro histórico antes de las reformas de los últimos años. El artista presenta este espacio en particular, y otros del entorno citadino en general, como lugares abiertos en los que se dan cita los poblados para pasear, descansar o comer chalupas, una tarde de domingo cualquiera. Ese paisaje urbano que se ha transformado con el paso de los años pero que acogía a las familias en sus momentos de ocio y disfrute, mientras conversaban junto a vendedores ambulantes y puestos de comida, de antojitos poblados, siempre presentes en estos itinerarios. Los ciudadanos salen a las calles en su tiempo libre, muchos de ellos recorren el centro, se detienen en el zócalo, pasean, escuchan música y viven su ciudad; tal y como lo capta el artista en

Zócalo y Portal. Pero también lo consigue en lugares no identificados, como en la pintura *Un banco en el jardín*, donde recupera las zonas verdes que ofrece la ciudad como escenarios buscados por los poblados para distraerse y convivir. En este mismo giro podemos considerar algunos puntos significativos en la vida del poblado de los años cincuenta, como el Balneario *Agua Azul* que, aprovechando las aguas termales del lugar ofrecía divertidas áreas para refrescarse, a la par que contaba con un salón de baile, dispuesto en la parte superior, donde los bañistas podían asistir a escuchar música en vivo. Un ambiente muy distendido en el que también los poblados socializaban bailando danzón.

De esta manera, el autor nos lleva de la mano a esa vida tan característica de los habitantes de Puebla, una herencia cultural que le atrae y proyecta en sus pinturas a través del uso de fórmulas que nos invitan a reconocernos en sus personajes, generando discursos paralelos a nuestra propia realidad ante la manera que tienen de relacionarse. El artista analiza las formas de vida del poblado de antaño y, curiosamente, no son tan alejadas a las desarrolladas en nuestro tiempo. Este es un carácter relevante de la obra de este artista, que nos habla de nosotros mismos, haciendo una extraordinaria radiografía de nuestro comportamiento social, así como reflejando con absoluta franqueza nuestras maneras de apropiarnos de la ciudad, nuestros modos de vivir y compartir el espacio urbano.

Le llama profundamente la atención detener su mirada en el mundo citadino, en el hecho en sí de transitar por las calles y los rincones de la ciudad, observando con esmero esos perfiles urbanos tan particulares de Puebla. Su pincel se pausa ante la arquitectura que nos envuelve en nuestro caminar errante por la ciudad y, en este sentido, arroja miradas de absoluta realidad hacia el contexto urbanístico que nos rodea. Así lo apreciamos en piezas clave dentro de este registro como *Esquina Colonial* frente al atrio de la catedral; o en otras que nos refieren a detalles muy cuidados como en *Flores Blancas*; encontramos en otras obras lugares



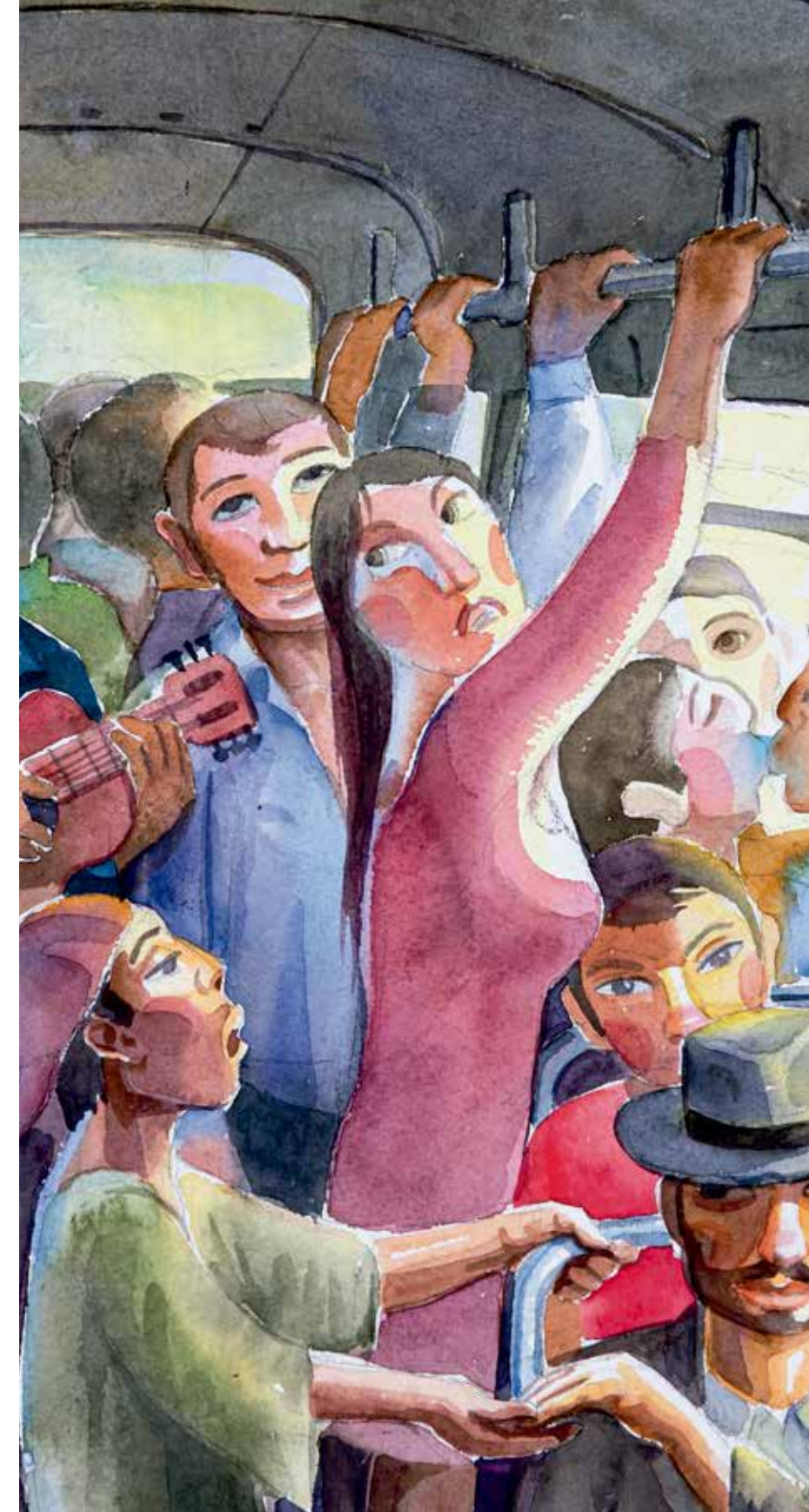


emblemáticos como el *Cine Reforma*, donde seguramente el autor pasó largas tardes de domingo para ver los estrenos cinematográficos; o elementos distintivos del patrimonio edificado como se aprecia en *La Concordia*. En definitiva, todo ello nos habla de un artista que explora la ciudad donde vive, que la camina y la observa, que la reflexiona y la piensa, que la traza y la dibuja. El ojo de un pintor que se detiene en aquellos rincones que forman parte de él pero que no sólo afectan a su vida, sino también a la nuestra. Es asombroso observar todas estas pinturas y reconocernos a nosotros mismos parados ante esos mismos ángulos y perspectivas que nos ofrece la ciudad. Fernando consigue, en todas las obras que realiza, donde representa lugares concretos de Puebla, convertirnos a nosotros en protagonistas, es decir, ver a través de los ojos del artista.

Dentro de las modernidades que nos ofrece el mundo citadino hay ciertos aspectos, más allá de los puramente arquitectónicos, que le preocupan y estas inquietudes las proyecta en su material pictórico. Entre sus variantes temáticas al interior de la ciudad siente interés por los medios de transporte y entre ellos le despierta especial simpatía los autobuses de pasajeros. Estos vehículos acaparan el protagonismo de forma contundente en varias de sus obras en las que genera composiciones muy dinámicas, a veces incluso cómicas, como en *El camioncito*. En ocasiones recrea estos escenarios haciendo un estudio del espacio interno, donde representa la masa humana que se aglutina en su interior y que es una de las características de nuestro transporte público, como se aprecia en *Camión de pasajeros*. Otra variante a interpretar dentro de esta tipología es el espacio urbano creado para la operatividad del tren, que se convierte en protagonista de algunas de sus piezas. Así se aprecia en *La estación del tren*, donde además de la imponente máquina no deja de aparecer el bullicio propio de la terminal. No obstante, en estas obras que se interesan por la representación de elementos propios de

la vida urbana y moderna, no dejamos de tener referencias humanas. En la obra de Fernando la persona siempre está inmersa en la escena y lo hace ya sea bien como protagonista absoluto, o como mero espectador, pero todo en su obra está relacionado con las personas que viven en estos espacios, que los usan y los hacen suyos.

Si hay algo que también normaliza una parte importante de nuestra vida y que incluso regula nuestra forma de relacionarnos con el entorno urbano es, con total seguridad, nuestro modo de celebrar las fiestas populares, las prácticas arraigadas a nuestra herencia cultural. Estas temáticas que suscitan un regocijo en nuestra existencia también son representadas por las manos del artista. En este rubro se concentran algunas de las pinturas que se detallan en el catálogo, desde las que representan festejos de carácter religioso, como manifiesta su particular *Semana Santa*, haciendo alusión a lo espiritual junto a la chispa de la celebración que los más pequeños aluden jugando a la puerta de la iglesia. En este mismo lugar, una iglesia cualquiera, es donde son sorprendidos los asistentes a *El casamiento*, retratados en conjunto a la entrada del templo. También encontramos relatos con tintes de tradición desarrollados en ambientes mucho más afables y menos formales, como apreciamos en los asistentes a los *Quince años*, que con tanta minuciosidad y decoro acompañan a la debutante. Es a través de todas estas escenas como el autor penetra en los momentos más comunes en la vida del mexicano en lo general y del poblano en particular. Escenarios en los que cualquier espectador se puede encontrar fácilmente identificado, igual que si fuera el ojo del artista quien, al elegir el tema, junto con su capacidad técnica para interpretarlo, logra crear con acierto mundos tan cercanos, interpretando nuestras realidades paralelas, las que vemos y vivimos cada día; los mismos momentos que a través de sus pinturas se convierten en obras de arte.





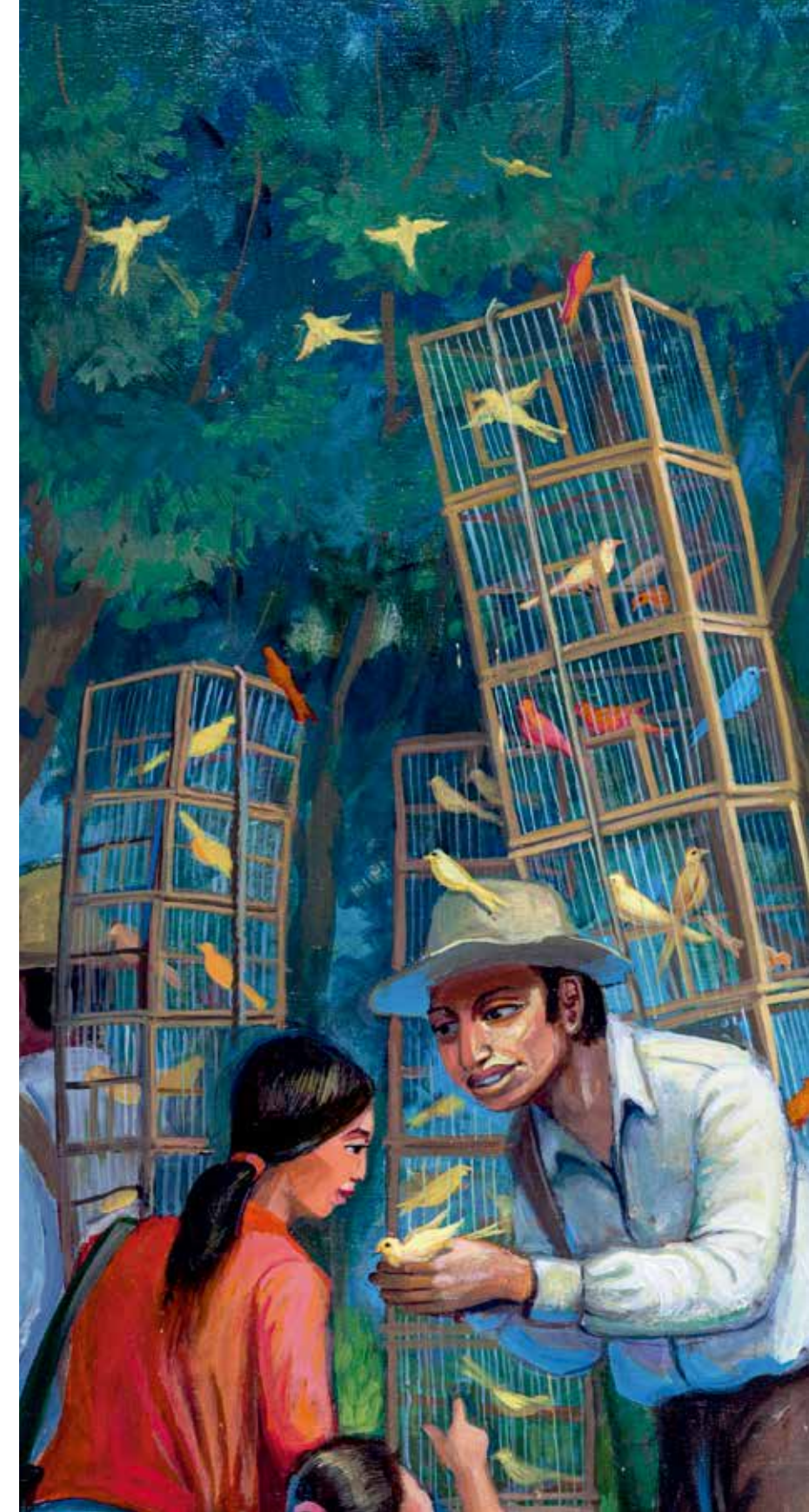
En otro orden de curiosidades, las obras seleccionadas para este catálogo aterrizan con encanto en los oficios más tradicionales, los que pueden no ser tan conocidos por las nuevas generaciones, pero que de seguro arrancan la sonrisa en nuestros mayores. En obras como *El lechero*, *El panadero*, *El Merolico*, *El pajarero* o *El fotógrafo*, en esta última, por cierto, el pintor inmortaliza con esmero a la joven vestida de china poblana ante la imagen guadalupana, en una escena que se enmarca en una plazole-ta arbolada, por demás pintoresca, donde todos se concentran en el retrato de la joven. En este tipo de temáticas, la genialidad del artista recae en que se detiene con diligencia en hacer protagonista a quien pareciera invisible ante la multitud. Son varias las pinturas en las que oportunamente retrata a los hacedores de estos oficios, con gestos amables y actitudes distendidas, haciendo grande lo que para otros autores no lo es. Son estos pequeños gestos en su obra los que aportan grandes diferencias en su producción y es en ellos donde apreciamos una gran sensi-bilidad en su manera de mirar y, consecuentemente, en la forma de generar su propio arte.

En conjunto, la obra que el lector tiene en sus manos recoge una parte fundamental de la trayectoria de este artista poblano, a través de una cuidada selección de pinturas que representan una aportación significativa y emblemática dentro de su vasta carrera. Un autor notable, al que podemos apreciar en su magnífico *Autorretrato*, en el que aparece pintando la armadura del Quijote rodeado de símbolos mexicanos tan característicos como el papel picado o la catrina, junto a figurillas prehispánicas o una ventana típica de la arquitectura local; todo un mundo de sueños y alegorías que rodean su rostro cálido en el que, como otros de sus personajes, se representa desarrollando su propio oficio, esto es, el artista está pintando.

Debe ser un honor para cualquier admirador de su obra, sentirse identificado con el particular

mundo que interpretan sus pinturas. Nos convertimos en cómplices con su manera de mirar el mundo que nos rodea, pues en realidad miramos a través de sus ojos; de repente nos convertimos en artistas por un instante. La magia de su obra, su talento creativo y su amplia carrera van más allá de este conjunto de obras; Fernando es heredero de una importante dinastía de artistas locales que, con gran talento y generosidad, nos han regalado a lo largo del tiempo estas miradas frescas hacia nuestra hermosa Puebla y que ahora él, desde su propia trinchera, reinventa de nuevo.

Sirvan estas palabras para guiarnos en el deleite de la muestra y para homenajear, como se debe, la genialidad del artista.



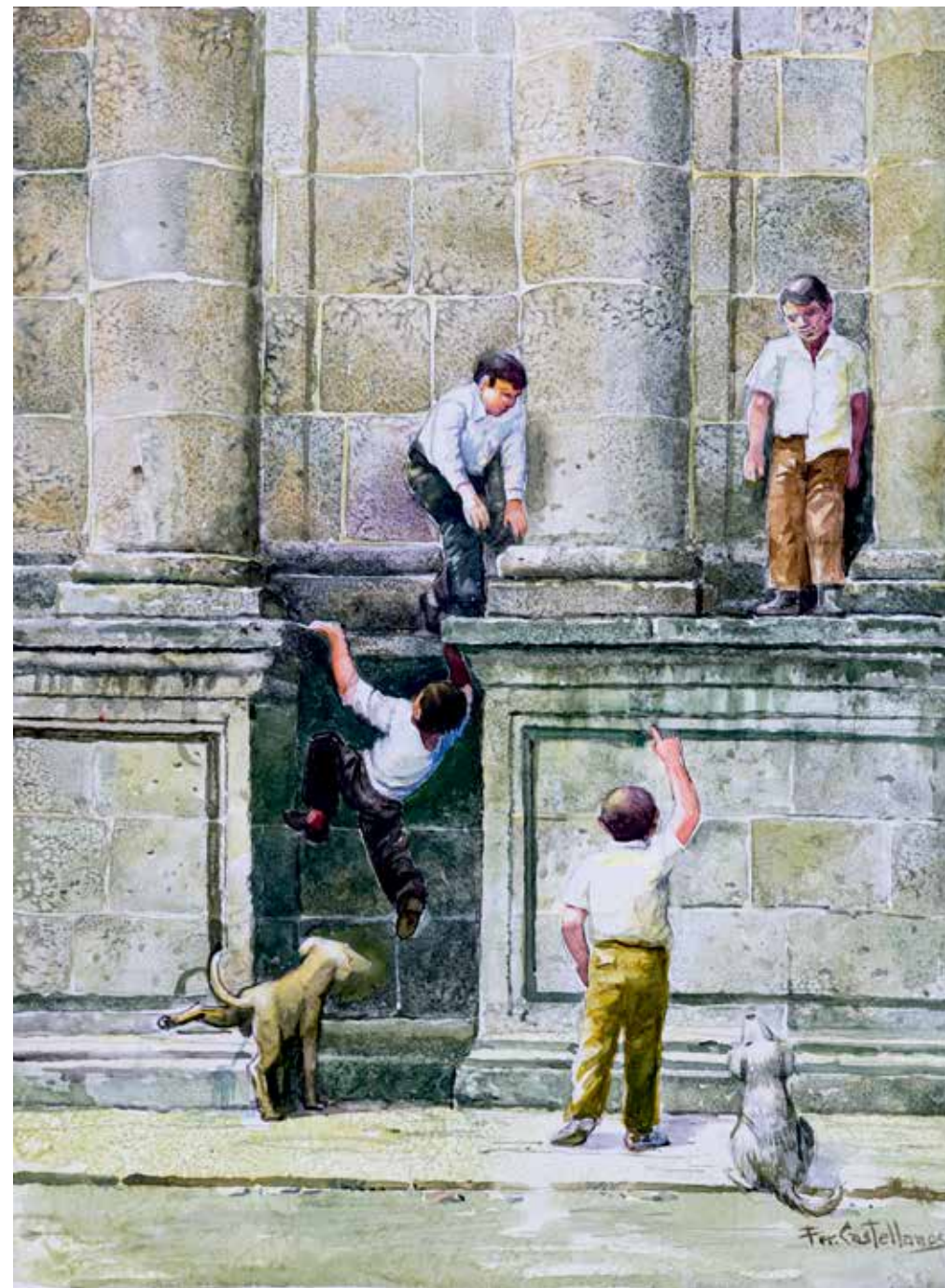
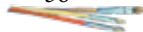




RECUERDOS

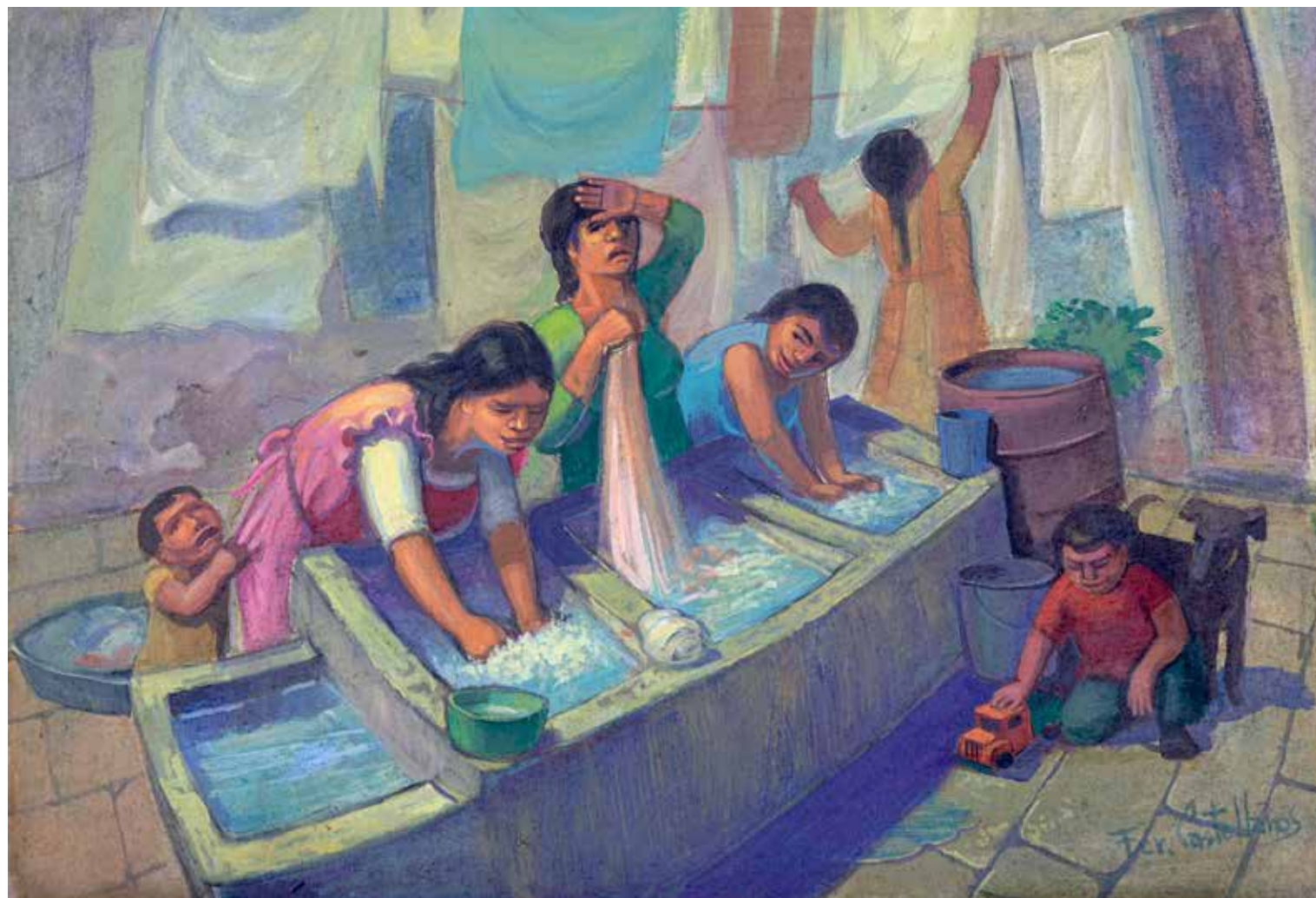


AUTO RETRATO. Acuarela sobre papel tela 76 x 56 cm.
2005

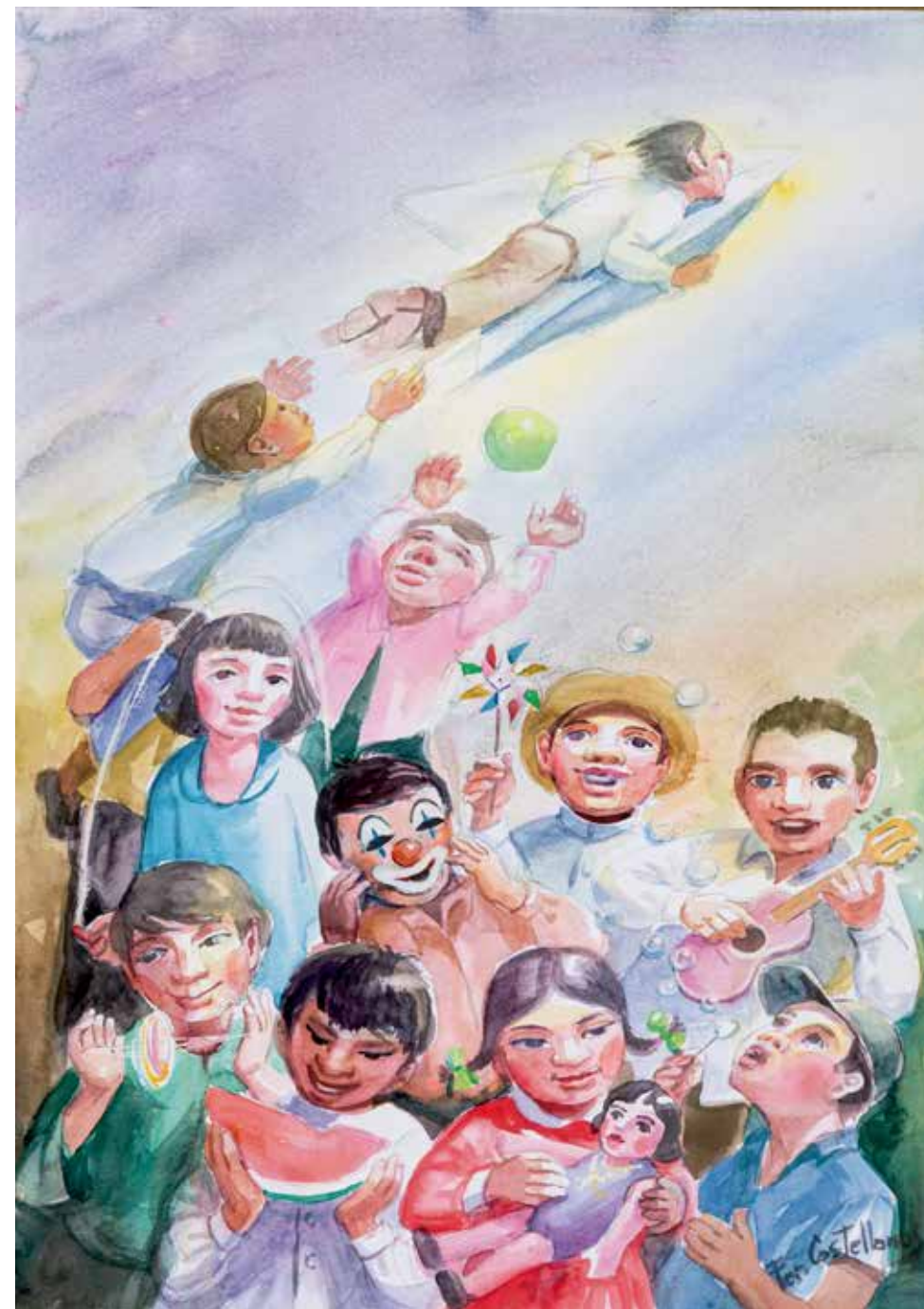


NIÑOS JUGANDO. Acrílico sobre papel 65 x 48 cm.
2006





EN LOS LAVADEROS. Acrílico sobre tela 35 x 50 cm.
2006



INFANCIA. Acrílico sobre tela 66 x 47 cm.
2011



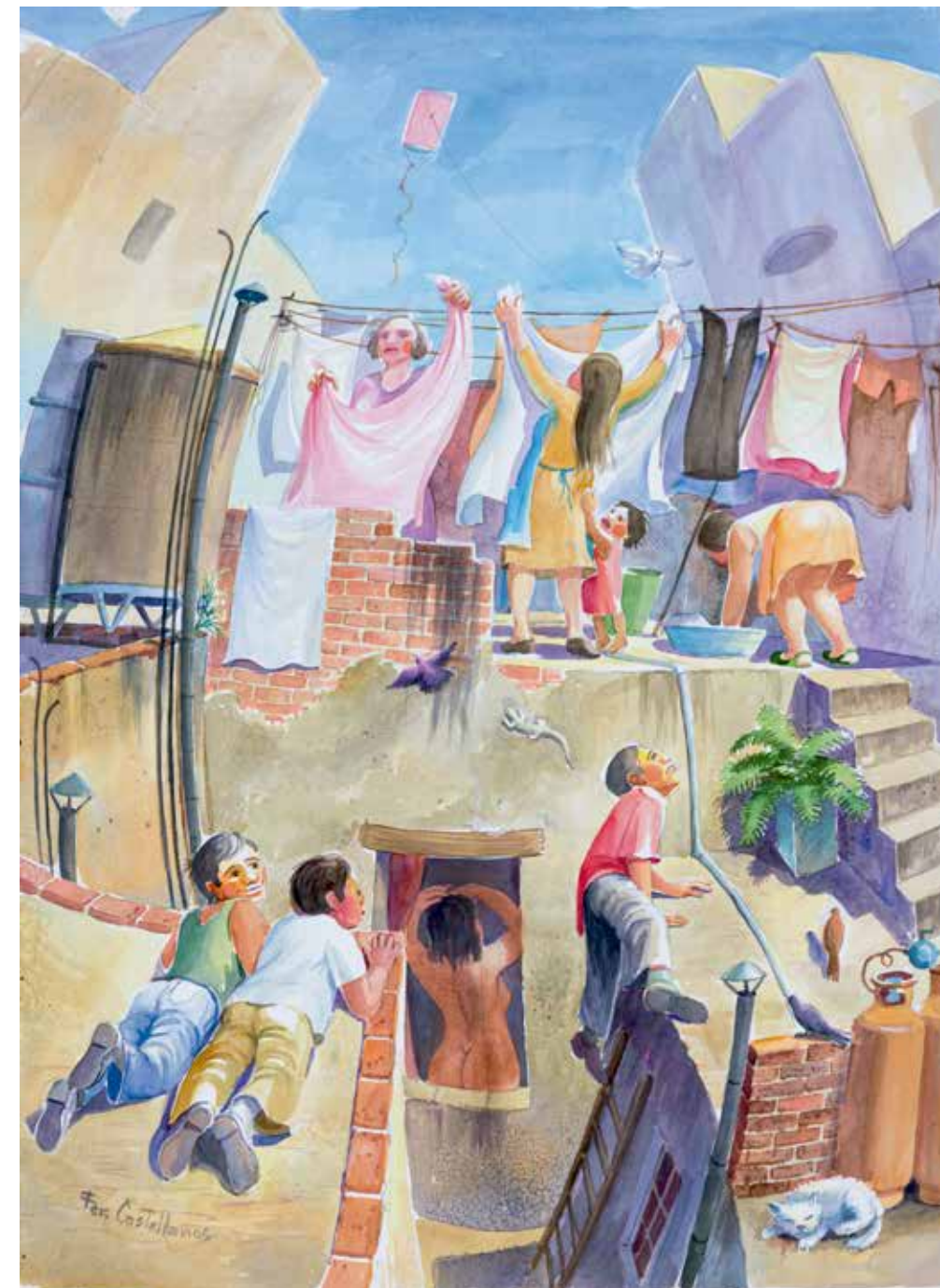
LA AZOTEA
Acuarela sobre papel 74 x 55 cm. 2012

Para los niños, el escenario ventoso era ideal para volar los papalotes, hechos con papel china, una estructura de carrizos y largas colas de colores que ondeaban en el cielo, y que por largas horas eran una actividad maravillosa.

De igual forma, debido al gran número de familias que vivían en este tipo de vecindades, los patios a veces no eran suficientes para colgar la ropa, así que se aprovechaba el sol que caía directamente

Por lo general, las tuberías de los baños, que servían como respiradores, daban hacia la parte superior de la azotea, y a estas se les agregaban instalaciones de tubos que iban de un lado a otro, como espesas telarañas con el propósito de distribuir el gas de los cilindros a las cocinas de los cuartos, en el segundo piso.

Estas señales, aunque obvias a razón del tiempo, indican el nivel de detalle que el pintor tiene en su mirada.



LA AZOTEA. Acuarela sobre papel 74 x 55 cm.
2012

MI VECINDAD
Acrílico sobre tela 50 x 70 cm. 2015

A través de esta obra, nos trasladamos a la infancia del pintor, quien retrata los detalles arquitectónicos coloniales del domicilio donde creció (Calle 5 Poniente, número 325). Inmueble que fue demolido y que en la actualidad es un estacionamiento.

Dicha construcción albergaba a varias familias. Tenía arcos grandes, techos altos y barandales en el segundo piso. Además, este tipo de viviendas poseían muchas habitaciones que daban hacia los patios. Por lo general, en la segunda planta de la vecindad habitaban las familias más acomodadas, incluso vivían ahí los dueños o sus parientes. Ante ello, el pintor, Fernando Castellanos, recuerda que los familiares del gobernador de Puebla, de aquella época, los Betancourt, llegaron a ser sus vecinos.

Es por ello que el artista recrea aquí a varios personajes, comenzando por *las tías*, quienes eran señoritas muy religiosas y solteras, hijas de un reconocido sastre poblano que confeccionaba la vestimenta de sacerdotes y obispos, como sotanas, túnicas y capas. Por otra parte, una escena habitual era la de los inquilinos abasteciéndose de agua, por lo que solían acarrearla, casi del diario, con cubetas que recogían desde la pila de piedra.

Representa también a otros personajes asiduos de la vecindad, como las lavanderas; algunos niños (amigos y hermanos del pintor, que juegan con el aro y la varilla, las canicas o el triciclo); el plomero que llegaba a comer a su cuarto; la joven arreglada que parte hacia su trabajo; no podían faltar, por supuesto, las famosas *comadres*, esas vecinas que murmuran e intercambian chismes a todas horas; y tampoco se omitieron los *tendederos*, esos espacios donde se le prohibía a los niños jugar para que no ensuciaran la ropa que se asoleaba.

Por último, en estas viviendas populares de Puebla era muy común que en el patio existiera un baño de uso común durante el día, al contrario de la noche, donde se acostumbraba a utilizar bacinicas.

Así pues, la composición ilustra momentos de convivencia en el patio de la vecindad. Resalta el detalle de la losa de piedra, que se extiende por un corredor interno hacia el segundo patio, la reja y las macetas con prolífera vegetación que dan una pincelada alegre y colorida al interior del inmueble.



MI VECINDAD. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2015



PEPTOS. Acrílico sobre tela 80 x 102 cm.
2016

JUEGOS INFANTILES
Acrílico sobre tela 50 x 70 cm. 2019

Esta parte de la obra está basada en recuerdos infantiles del artista, Fernando Castellanos. Recrea, por lo tanto, juegos tradicionales a la salida del colegio, cuando en compañía de sus amigos pasaba momentos muy divertidos.

De izquierda a derecha, el pintor sitúa a dos niños compitiendo en el juego del balero, en el cual resultaba ganador aquel que insertara el mayor número de veces, de manera ininterrumpida, un tallo de madera en el hueco de un barrilito del mismo material; todas las partes del juguete estaban unidas por un cordón. Además, quienes lo jugaban debían ser muy hábiles para impulsar el barril, ya que el menor descuido o falta de precisión podía causarles un doloroso golpe.

A continuación, el pintor coloca a cuatro niños jugando las canicas. Como regla inicial, este juego se desarrolla en algún terreno o superficie de tierra. Los participantes deben tener una buena puntería para golpear las canicas de sus oponentes. Hay diferentes

reglas para jugar, y casi todas se alinean en sacar al oponente del juego, por lo que cada quien escoge su estilo para lanzar, pero deben sujetarse a lo que se establezca desde el principio.

Situados en el extremo derecho de la pintura, se encuentran dos niños jugando al trompo, juguete hecho de madera o plástico con una espiga de metal (que muchas veces era sustituida por la punta de un clavo para hacerlo más resistente); para jugarlo se enrolla la cuerda hasta la mitad del trompo y se lanza con fuerza al piso. Cada contrincante puede hacer uso de estilos y trucos; mientras el trompo gira hay quienes lo recogen del suelo, lo colocan en la palma de su mano, y después lo devuelven al piso. Resulta ganador el que logre *bailarlo* por más tiempo.

Es importante señalar que en la obra se notan otros juguetes de la época: patines de ruedas metálicos, pelotas y una resortera o charpe. Siguiendo la línea discursiva de la nostalgia y la memoria.



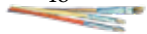
JUEGOS INFANTILES. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2019



LA PANDILLA. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2019



CUENTOS DE ESPANTOS. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2020

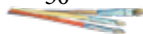




EL PATIO. Acuarela sobre papel 34 x 49 cm.
2020



LA VECINDAD. Acrílico sobre tela 50 x 80 cm.
2021



HOMENAJE A MI PADRE
Acrílico sobre tela 50 x 80 cm. 2021

A manera de homenaje, el artista presenta como actor principal a su señor padre, sentado al margen de una ventana con protecciones de herrería, que daba al exterior de la transitada 5 Sur, hoy Centro Histórico de Puebla, pero que en aquella época pertenecía al barrio de San Agustín. Asimismo, sitúa también a personajes y negocios muy conocidos de esa misma calle.

De izquierda a derecha, en la casa marcada con el número 5, se hallaba la famosa sastrería Gómez Haro atendida por su propietario, don Jorge Gómez Haro, quien además de confeccionar prendas de vestir para la gente pudiente de la zona, también se dedicaba a la actuación: personaje no muy alto, de buena percha, que año con año representaba a don Juan Tenorio, en el Teatro Principal, obligada puesta en escena durante la festividad de Todos los Santos (Día de Muertos).

Al mismo tiempo, Fernando Castellanos se incluye dentro de la obra como el infante que va sujeto de su señora madre, ya de regreso de compras en el mercado de la Victoria, siempre en punto de las diez horas del día. Encorvada, a paso lento, camina una vecina de edad avanzada (conocida por todos en la 5 Sur) y que nunca se quitaba las prendas de luto. El artista plasma también, según su memoria, a una jovencita atractiva que coincidía en pasar a la misma hora y que, con certeza, trabajaba en algún local cercano.

En aquellos días las calles del centro eran apacibles y los adultos permitían, en ocasiones, que los niños jugaran pegados a la banqueta con sus avalanchas de madera y ruedas de fierro.

Justo en medio, aprovecha el foco de atención en su padre, quien era pintor de oficio y que por las mañanas, con la luz del día, se sentaba junto a la ventana y los que pasaban, con curiosidad, se detenían a ver el proceso artístico. En la casa inmediata se encontraba un local tiznado que ofrecía a la venta el carbón. Las casi extintas carbonerías abastecían a muchas personas de ese material combustible, siendo uno de los más populares el de *bola*, hecho de aserrín y que prendía más rápido. Las ventas eran por kilos, botes o costales; los carbones grandes servían para prender anafres o estufas.

Uno más, Don Pepe, era un personaje que presentaba cierto deterioro en sus capacidades de atención; sin embargo, su candor y amabilidad hacían que todos en la calle lo saludaran. Por lo general, anunciaba en las casas ciertos acontecimientos importantes, como la llegada de la feria de San Agustín. Fernando Castellanos nunca supo en qué casa vivía este simpático señor.

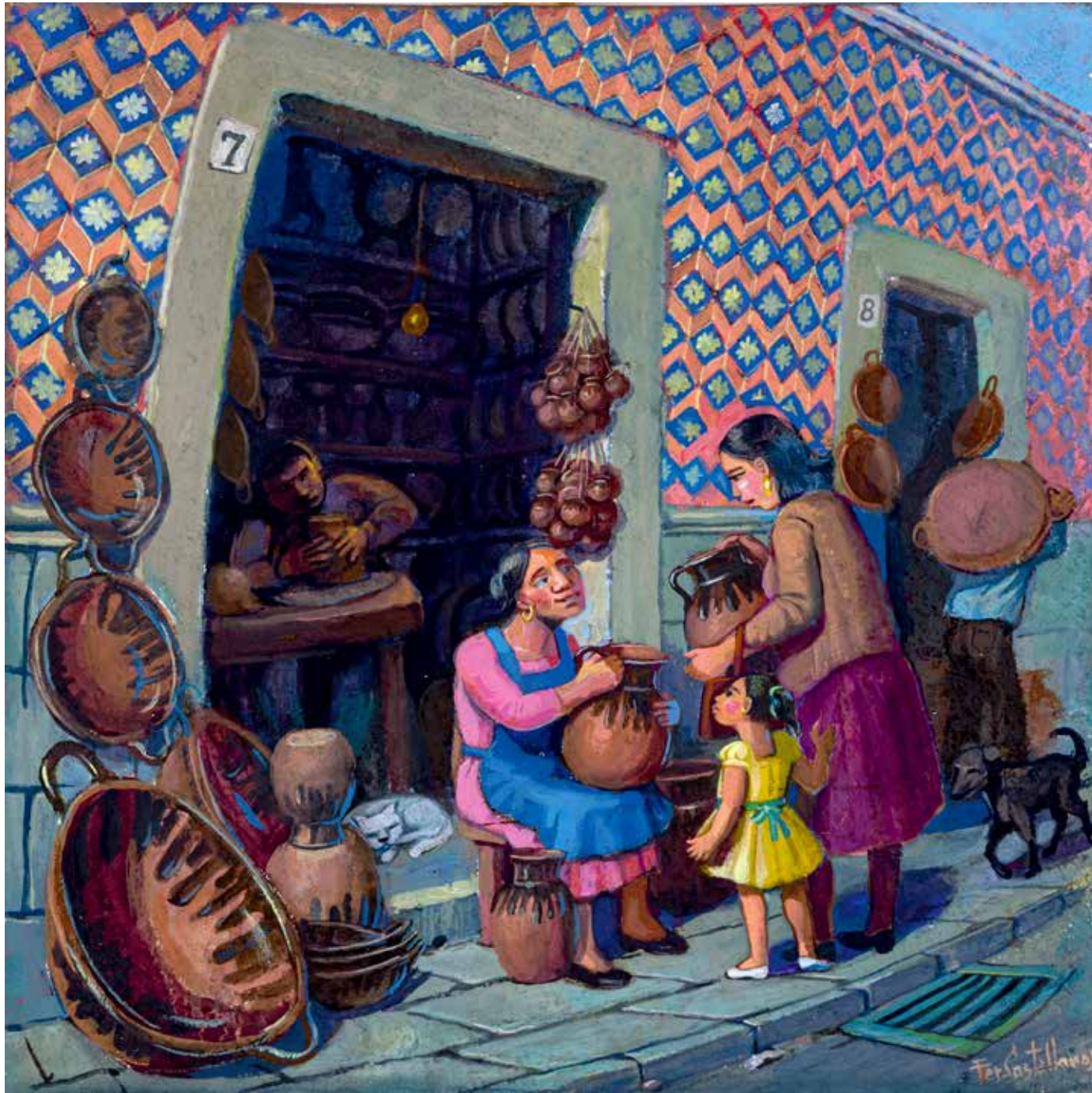
Al llegar a la esquina de la calle había una vecindad muy grande con tres patios internos. Se cuenta que ahí vivió el maestro José Agustín Arrieta, personaje que aparece caracterizado como el caballero de barba y sombrero que lleva un bastidor bajo el brazo. No podía faltar el famoso fotógrafo de apellido Bianchini, el cual vivía en la acera de enfrente.



HOMENAJE A MI PADRE. Acrílico sobre tela 50 x 80 cm.
2021



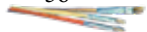
OFICIOS



ALFARERO DE LA LUZ. Acrílico sobre tela 50 x 50 cm.
2000



EL FRUTERO. Acrílico sobre tela 60 x 40 cm.
2006





MI LUPITA. Acrílico sobre tela 50 x 60 cm.
2011



CONFECCIONES SUCY. Acrílico sobre tela 45 x 60 cm.
2011

LA TAMALERA
Acuarela sobre papel 68 x 48 cm. 2012

Tamalera es el término empleado para designar tanto a la persona que vende los tamales, así como al recipiente con tapa en donde estos se cuecen. Las tamaleras permanecen aún vigentes en todo Puebla y el país; se les puede encontrar afuera de hospitales públicos, mercados, escuelas, y en varias esquinas de la ciudad. También están, prácticamente todos los días de la semana, afuera de las iglesias o de las entradas principales de los parques, incluso en los cruceros de las carreteras federales que atraviesan la capital.

En Puebla se acostumbra pedir una torta de tamal, un antojito callejero que consiste en colocar un tamal, sea de rajas, mole, dulce, salsa verde, entre otros, dentro de una tradicional torta de agua. Como dato curioso, en la ciudad de México el tamal se pasa por manteca caliente, se sustituye la torta por el bolillo y lo llaman *guajolota*.

Casi siempre se puede ver a la tamalera, o el tamalero, rodeada de su clientela habitual: estudiantes, obreros, oficinistas, médicos, enfermeras y más, o personas a las que no les dio tiempo de preparar su desayuno. El tamal es un alimento barato y muy solicitado por las mañanas o por las noches, así que es frecuente que en el mismo lugar vendan atole de masa, champurrado o café de olla para acompañarlo.

En esta obra que imita la realidad, el artista recrea un momento preciso: cuando la protagonista

del cuadro introduce la mano en la olla, retira la tapa que cubre los tamales, saca el delicioso antojito envuelto en hoja de maíz, y el vapor caliente se eleva hacia el rostro de la tamalera, lo que provoca una expresión muy común y graciosa. A su alrededor, la composición, cargada de un toque humorístico, coloca a varios personajes: unos clientes saborean de una vez el tamal o el atole que les despacharon, mientras que el señor del sombrero señala de qué ingrediente quiere su tamal, y por último un niño se muestra ansioso por ser atendido.

Este oficio es tan popular que el refrán dicta: "Para todo mal, tamal, para todo bien, también", expresión que alude a que en cualquier circunstancia se puede disfrutar de este antojito rápido, típico de los mexicanos.

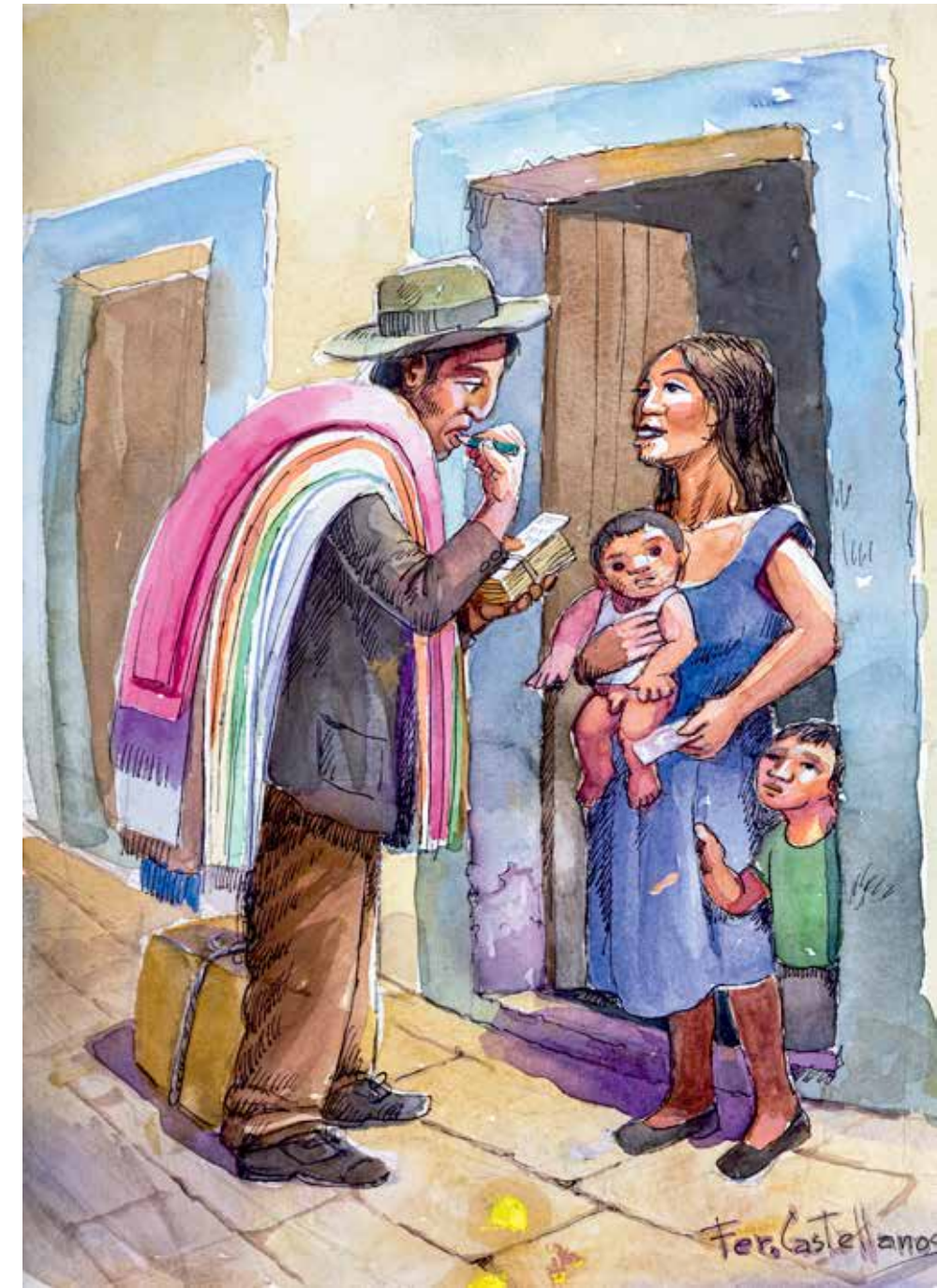
Figurativamente, el maestro Fernando Castellanos complementa el tema pictórico con muchos detalles a observar: la típica caja de cartón donde se depositan las hojas de maíz del tamal ya descubierto, los huacales de madera donde descansan las ollas de atole, así como el anafre donde se calienta, con carbón ardiente, el bote o tamalera. Como en sus demás obras, no podían faltar los perros callejeros, quienes devoran las sobras que dejan los comensales.



LA TAMALERA. Acuarela sobre papel 68 x 48 cm.
2012



LA TAMALERA. Acrílico sobre tela 55 x 90 cm.
2016



EL ABONERO. Acuarela sobre papel 37 x 26 cm.
2017



EL TINACAL
Acuarela sobre papel 37 x 26 cm. 2017

Esta obra representa el ambiente tradicional de los tinacales; palabra compuesta del castellano: *tina*, nombre de un recipiente; y del náhuatl *calli*, que significa casa. Lo que quiere decir "la casa de las tinas".

Los tinacales eran bodegas o cuartos en las haciendas donde antiguamente se elaboraba el pulque; como parte vital de la composición, en esta pintura el artista reúne ciertos elementos.

En un primer plano se observa la tina hecha de cuero sobre un bastidor de madera, donde se depositaba el pulque. Arriba de esta, se localizan dos tabloncillos y ciertos utensilios: el embudo y el tubo curvo que se empleaban para el llenado y vaciado de los barriles.

En un segundo plano, el pintor hace énfasis en ciertos personajes. De izquierda a derecha, podemos ver a contraluz a dos *tlachiqueros* que salieron muy temprano a recoger el pulque y llegan en su burro con las castañas, uno de ellos trae un ayate en la espalda, para sostener las herramientas de trabajo, como el acocote con el que recolectaron el pulque de los magueyes. A un lado vemos a otro personaje vaciando un cubo de madera en la tina donde el aguamiel aún no se fermenta en pulque. Por último, una tercera tina rectangular está protegida con un bastidor de tela delgada de cielo, tensada para evitar que se contamine el pulque con las impurezas del ambiente.

Frente a dichas tinas, se sitúan tres individuos tomando pulque, en un ambiente de alegría (posiblemente amigos del dueño del tinacal o clientes frecuentes). El primero empuja gustoso su jícara con expresión de saborearla; le sigue un personaje joven que sostiene un tornillo de vidrio en la mano derecha y, como disimulando una expresión verbal de alboroto,

se lleva la mano izquierda a la cara; continúa un tercer individuo de edad avanzada (se trata de Felipe, el hermano del artista) que sostiene en una mano un jarro de barro y en la otra una jícara, lo que da un colorido humorístico a la escena. La representación destaca que el pulque era consumido sin importar la edad de los bebedores, a quienes se caracteriza como catadores.

Se incluyen en la pintura a dos trabajadores moviendo toros y cubetas, también a los característicos perros que solían pasearse libremente, conviviendo con los protagonistas.

Finalmente, en tercer plano, Fernando Castellanos plasma una decoración muy popular: adornos con papel de china picado (en colores rosa mexicano, azul celeste, amarillo limón, rojo bandera), pegados sobre hilos que van tensados en las partes superiores de la pared.

No podía faltar el elemento religioso, según se aprecia en una de las paredes donde descansa, en un pequeño altar, la imagen de la Guadalupana, con floreros de lado a lado y una veladora encendida. En la pared de en medio se encuentra pintada la diosa mexicana *Mayáhuél*, a quien se consideraba una divinización del maguey, por ser simbólicamente la planta mágica que da alegría y el sustento necesario para la vida, según la creencia de los indígenas. En esa misma pared cuelgan, sostenidos de unas alcayatas, dos odres o corambres (cueros de cerdo cocidos y tratados que se amarraban para contener líquidos), utilizados para transportar el pulque; también se observa un calendario (con una figura femenina) que servía de artículo promocional para las marcas o negocios de esa época.



EL TINACAL. Acuarela sobre papel 37 x 26 cm.
2017



EL CARPINTERO. Acuarela sobre papel 49 x 68 cm.
2017



CORONAS. Acuarela sobre papel 42 x
75 cm.
2017

EL MEROLICO
Acrílico sobre tela 50 x 70 cm. 2018

En esta pintura, el artista rememora a un personaje de su juventud que todos los días se instalaba en el parque de San Luis, sobre la calle 5 Mayo, esquina con la 10 Poniente. En pleno centro de la ciudad de Puebla, el lugar era muy concurrido y ahí se congregaba la gente para comprar productos a los ambulantes, quienes desde muy temprano colocaban sus puestos de vendimia.

El *merolico* llegaba vestido siempre de manera estrafalaria, al estilo pachuco: zapatos bicolores de charol, saco, pantalón de pinzas, sin faltar accesorios como el reloj metálico, anillos o cadenas de chapa de oro. Para complementar su indumentaria: las patillas largas, el copete alto, la corona de oro dental, que en conjunto llamaba la atención en dicho espacio popular.

Este personaje, muy común a mediados del siglo pasado, hacía promesas y decía mentiras a toda velocidad, anunciando maravillas y cualidades del producto que vendía. En esta escena, se puede ver que el protagonista sostiene en su mano derecha el tónico milagroso llamado “Fosfovitacal”, que supuestamente contenía fósforo, vitaminas y calcio. Era así que el *merolico* anunciaba su producto en voz alta, utilizando juegos de palabras con los que atraía a las personas

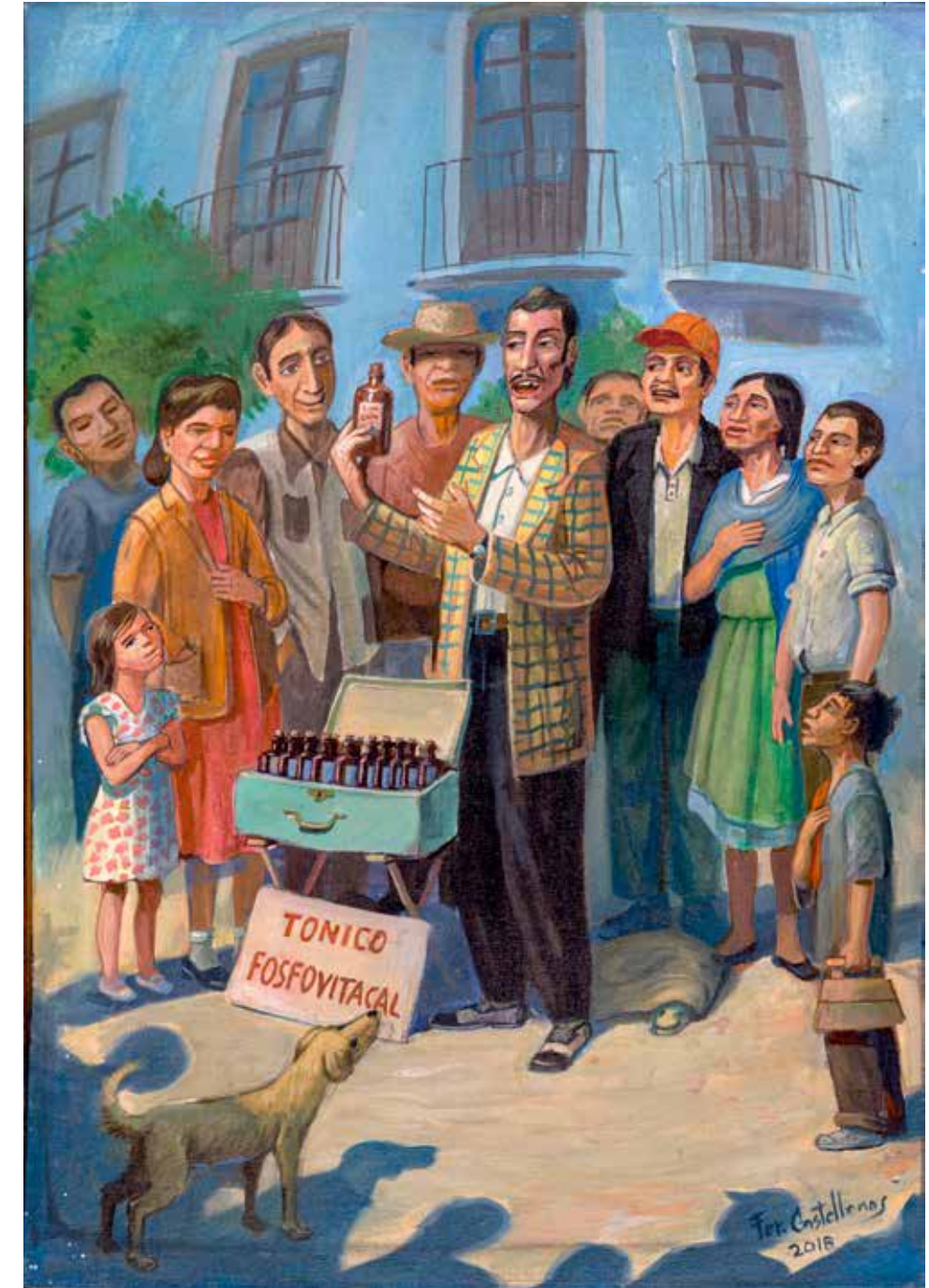
Ante tales hechos, hacía gala de su persuasión y convencimiento, ya que prometía que el tónico era capaz de curar todas las dolencias, e incluso de dar vitalidad y evitar las enfermedades. Para ello, resaltaba que era un producto barato y, por ende, se evitaban gastos innecesarios en tratamientos, cirugías u hospitalizaciones. Eran tantos sus argumentos que entretenía a los escuchantes, frente a los cuales utilizaba frases en verso o dichos simpáticos, por ejemplo:

— Para todo mal tome Fosfovitacal.

— Si usted al despertar tiene aliento a centavito, cúrese del mal aliento con tan solo un traguito.

Y entre cada comercial enfatizaba que en su bolsa traía un "animal del demonio" en forma de víbora, lo cual despertaba la morbosidad de los presentes; sin embargo, al final de tanta habladuría nunca lo mostraba.

No se debe omitir que, en un segundo plano de la pintura, Fernando Castellanos resalta las expresiones de las personas que rodean al *merolico*. No podían faltar el niño bolero y el perro de calle, como parte de la escena cotidiana. En el último plano de la obra se aprecian los balcones de las fachadas que daban hacia la plaza y las áreas arboladas.



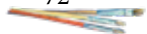
EL MEROLICO. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2018



EL PAJARERO. Acrílico sobre tela 80 x 45 cm.
2018

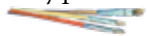


EL PANADERO. Acrílico sobre tela 72 x 45 cm.
2022





EL LECHERO. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2019

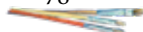




ENTORNO URBANO



EL CAMIONCITO. Acuarela sobre papel 55 x 76 cm.
2002



CAMIÓN DE PASAJEROS
Acuarela sobre papel 35 x 60 cm. 2009

Se plasma aquí el escenario rutinario del interior de un transporte urbano. Para los pasajeros que viajan sentados la situación puede resultar divertida y relajada, pero para quienes se encuentran de pie, viajar entre empujones, ruido, calor y jalones llega a ser demasiado incómodo. El camión de pasajeros es un asunto controversial para la mayoría de los poblados, y en general para toda la república.

La recreación es vasta en detalles. Haciendo un recorrido visual por la pintura, en la parte superior se aprecian las texturas oxidadas de la lámina estructural del camión, el pasamanos, las ventanas cerradas con los cristales empañados y los letreros ubicados en ambos costados con las singulares leyendas: "Pase para atrás" y "No tire basura".

Los personajes expresan buena o mala cara, de acuerdo con las situaciones particulares de su día. Destacan seis personajes, entre ellos un niño que acompaña al cantante para recolectar el dinero. El pintor recuerda que había un sujeto moreno muy conocido a quien apodaban el *Pajarito*, se trataba de un discapacitado visual que era muy amigo de la mayoría de los choferes del Garita-Panteón, del

rojo Santamaría, del Aviación, del Mayorazgo, entre otros. Fernando Castellanos sitúa a este personaje en un segundo plano con su guitarra y lentes oscuros. A partir de este segundo plano, el artista ilustra algunas anécdotas comunes de las horas pico, cuando los camiones se saturan de pasajeros. En dicho entorno de multitud, también surgen distracciones que dan lugar a que los carteristas cometan sus robos o los indeseables personajes que importunan a las mujeres.

Casi siempre, durante el trayecto, el chofer era acompañado por un ayudante que fungía como cobrador, auxiliaba a las personas que subían con mercancía y, a falta de timbre, coordinaba la bajada y subida de los pasajeros; este personaje les indicaba que la bajada era por atrás e insistía en que no se dejaran espacios para subir más personas al camión. Hasta la fecha, muchos transportes poseen las mismas rutinas.

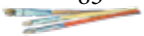
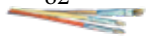
Hace tiempo, al abordar el autobús, a los pasajeros se les hacía entrega de boletos numerados. Posteriormente subía al camión un supervisor quien cortaba esos boletos.



CAMIÓN DE PASAJEROS. Acuarela sobre papel 35 x 60 cm.
2009



LA PARADA. Acuarela sobre papel 54 x 73 cm.
2011



LLEGANDO AL PANTEÓN
Acrílico sobre tela 71 x 91 cm. 2014

El artista representa los medios de transporte de su época de estudiante, cuando existía una línea de autobuses muy utilizada por la población cuyo nombre era Garita-Panteón y Anexas. De esta forma, reconstruye la llegada de los pasajeros a bordo del camión a una de las bases de autobuses, ubicada frente al panteón municipal, que geográficamente estaba fuera de la ciudad.

Como dato curioso, dicha línea tenía su otra estación cerca del arco de la Garita (en la salida de Puebla a Veracruz). Desde ahí, el camión hacía su largo recorrido sobre la 14 Oriente, pasaba por el Zócalo poblano, daba vuelta al llegar a Paseo Bravo, recorría la 11 Sur, que entonces era de un solo sentido, y en la base frente al panteón se hacía el descenso y ascenso de pasajeros.

En primer plano la obra expresa movimiento y color. En segundo plano traza imaginariamente una línea diagonal que corresponde a la carroza fúnebre en la entrada principal. Es costumbre que, en ese punto, el féretro entre al panteón sobre los hombros de cuatro caballeros muy allegados al finado (amigos, parientes o compadres), que lo llevan hasta la fosa mortuoria. Con cierto propósito estético, el pintor detiene su atención en el tercer plano que sitúa sobre la fachada arquitectónica del Panteón Municipal, la cual tiene características grecorromanas similares al Partenón. Además, unas pinceladas en las nubes con tonalidades más grises otorgan un matiz fúnebre al fondo.

No pasan desapercibidos ciertos elementos culturales y los protocolos católicos de un funeral. La gente vestía en ese tiempo rigurosamente de color negro: los varones, de saco y pantalón formal; en el caso de las mujeres se usaban blusas de manga larga y cuello alto, faldas por debajo de las rodillas, medias y la cabeza cubierta con rebozo o velo. Todo era parte de la manifestación simbólica de luto y respeto, tanto al difunto como a los familiares. Estas eran formas distintas a las actuales, ya que ahora podemos observar que la vestimenta puede ser más coloquial.

Con toque irónico, no omite el detalle de una cantina muy famosa que se llamaba *La Última Parada*. Al mismo tiempo, el artista recuerda otro local titulado, simpáticamente, *Aquí se Está Mejor que Enfrente*.

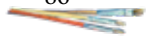
De manera creativa, coloca ahí a las vendedoras de flores, al camión repleto de pasajeros (en la puerta abierta y en la defensa se colgaban los amigos del chofer que lo ayudaban pregonando "¡súbale, hay lugares!", y se encargaban de cobrar el pasaje), al vendedor de pan en bicicleta que a toda velocidad pretende rebasar al camión, al perro que lo sigue corriendo, y a la familia humilde que seguramente va a limpiar alguna tumba de tierra, por lo que lleva cubeta, pala y flores.



LLEGANDO AL PANTEÓN. Acrílico sobre tela 71 x 91 cm.
2014

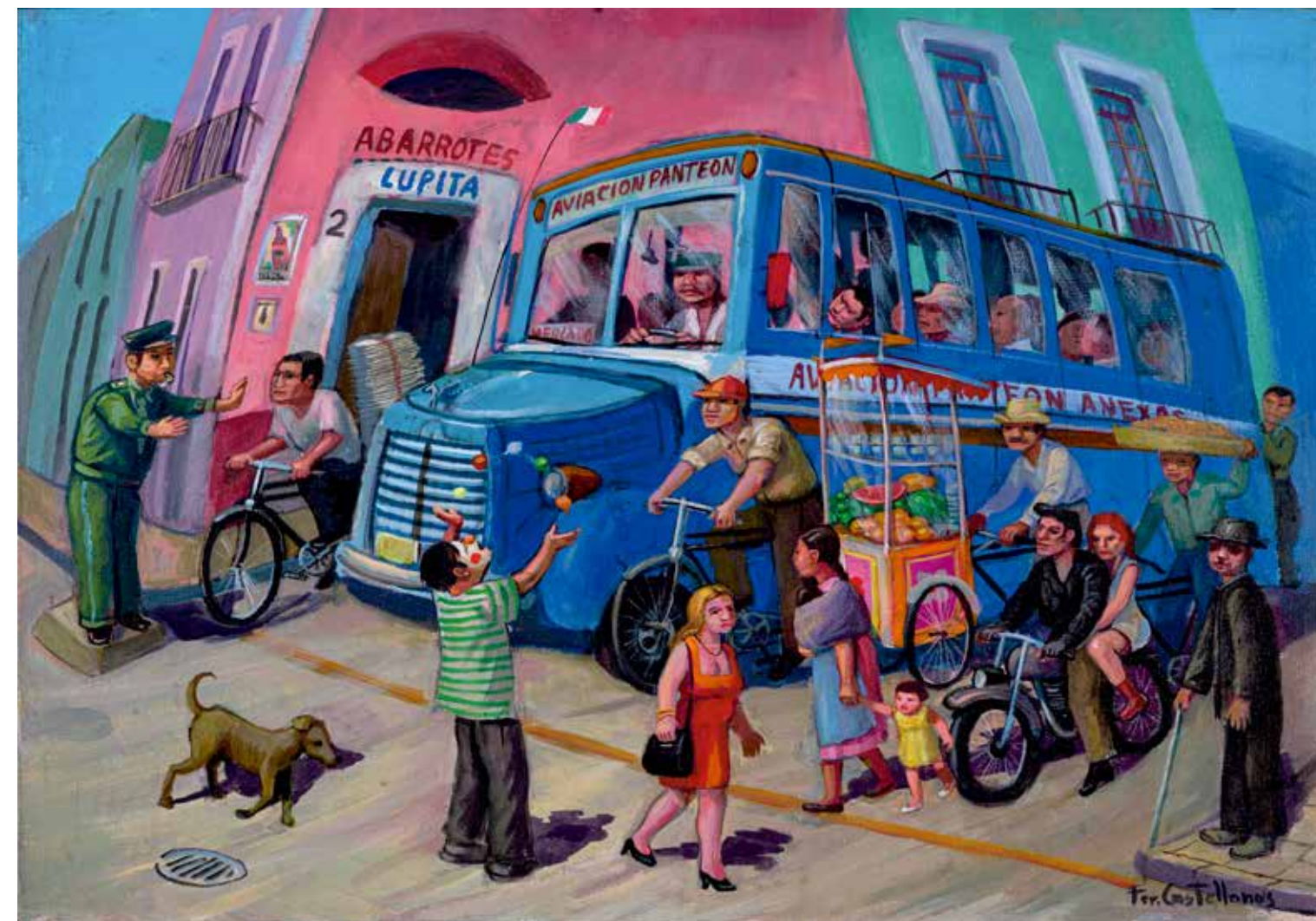


LA ESTACIÓN DE TREN. Óleo sobre tela 50 x 100 cm.
2016





ESTACIÓN DE TREN. Acrílico sobre tela 34 x 49 cm.
2016



EL CAMIÓN AVIACIÓN PANTEÓN. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
Colección Francisco Vélez Pliego
2017



RÁPIDOS DE PUEBLA. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2017



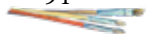
ENTORNO SOCIAL



QUINCE AÑOS. Acrílico sobre tela 70 x 50 cm.
2005



EL ENTIERRO. Acuarela sobre papel 55 x 75 cm.
2008



ZÓCALO Y PORTAL
Acrílico sobre tela 60 x 80 cm. 2014

Esta obra se remonta a la época de los años 70, del siglo XX. A lo largo de la historia el Zócalo de Puebla ha sido un punto de encuentro o reunión de activistas sociales.

Dicho Zócalo está rodeado por tres portales: Iturbide, Morelos (antes portal de las Flores), y el de mayor importancia, el portal Hidalgo (antes portal de la Audiencia), donde se encuentra actualmente el ayuntamiento de la ciudad de Puebla.

En su composición, el artista sitúa como primer plano la plaza principal de Puebla, donde paseaba gente de los pueblos o barrios, quienes regularmente disfrutaban su día de descanso.

Sentadas en las bancas se observan las comadres, poniéndose al día sobre cualquier acontecimiento o rumor, interrumpidas por la humilde mujer que pide limosna, así como los novios que no se distraen por el alboroto de los niños que juegan cerca de ellos.

Recrea también en el escenario a otros niños que, con expresiones caprichosas, externan su deseo de obtener algún juguete o globo. Los globeros están colocados de manera armónica en la obra, de tal forma que la diversidad de colores le imprime equilibrio y alegría a la composición.

No omite el artista detallar uno de los viejos faroles con dragones y bombillas redondas, tan distintivos del zócalo poblano que aún se pueden

apreciar enmarcándolo; tampoco evita el detalle relativo a la problemática sobrepoblación de palomas y perros callejeros.

En segundo plano logra puntualizar la forma curvilínea de las columnas de piedra de cantera del portal Hidalgo, testigo de multitudes e inolvidables escenas de la historia de esta ciudad capital.

Finalmente, en tercer plano, se pueden apreciar varios personajes de la sociedad poblana en el exterior del hotel-restaurant *Royalty*, un inmueble que brinda un tranquilo espacio para la charla y degustación de alguna especialidad del bar o un buen café. Durante muchos años, este hotel ha albergado en sus instalaciones a artistas y celebridades, siendo del agrado de generaciones de poblanos por contar con terrazas y espacios con magníficas vistas de los alrededores.

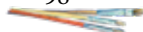
A diferencia del Zócalo, los portales eran concurridos por la clase alta. De derecha a izquierda, el pintor plasma a la familia acomodada que llega en compañía de la nana que carta a un infante. Sentados en una mesa, unos jóvenes sueltan piropos o expresiones de halago o elogio a las jovencitas que en ese momento transitan por dicho portal; también observamos a otros personajes, atendidos por el camarero, bebiendo las especialidades del bar.



ZÓCALO Y PORTAL. Acrílico sobre tela 60 x 80 cm.
2014



UN DOMINGO EN EL ZÓCALO. Acrílico sobre tela 90 x 120 cm.
2016



EL CASAMIENTO
Acrílico sobre tela 50 x 70 cm. 2016

El casamiento recrea de manera muy original a unos novios y sus familias. En la parte central se aprecia a *Cuca*, la prima del pintor, y al novio, apodado el *Sobrino*. Junto a ellos están dos pajes vestidos de blanco y con guantes. El niño es Felipe, hermano del artista plástico, mientras que la niña es su prima. Los demás personajes y situaciones son invención del pintor.

Durante los años 50 y 60 era muy común que para la sociedad resultara escandaloso que los novios salieran con su "domingo siete" o "se comieran la torta antes del recreo", expresiones populares para referirse al embarazo inoportuno que propiciaba un casamiento forzoso. Entre los detalles del cuadro, el pintor plasma luces y sombras debajo del ramo de la novia para dar el efecto de que tiene ligeramente abultado el vientre.

Colocados a su izquierda, se puede ver al padre descontento y a la madre sujetándole el brazo, como queriendo contener su enojo por la supuesta falta de respeto a los principios morales y convenciones sociales.

Aparecen también las amigas que chismosean, vestidas de largo, acompañando a la novia como

damas de honor. Además de ello, se encuentran los padrinos de velación, la abuela adinerada, el infante travieso que aprovecha la ocasión de la fotografía familiar para pintar cuernos a la niña, y los demás parientes ricos.

En el extremo contrario se aprecia al novio con cara de resignación, acompañado por su familia. A su lado, la afligida madre le da consuelo, aunque no puede ocultar su llanto. Están también el padre del novio, fisonómicamente parecido a él, así como el sacerdote con expresión de asombro y el monaguillo que muy correctamente observa al fotógrafo. No podían faltar, desde luego, los elementos característicos de muchas de las obras de Fernando Castellanos: las palomas y el perro callejero que pasea por ahí.

Como parte de la ambientación destaca el arreglo de flores colocado en la parte superior de la fachada de la iglesia, con la intención de anunciar el casamiento y, finalmente, el arroz en el piso, el cual se les arrojaba a los novios a la salida de la ceremonia religiosa, simbolizando el deseo de que la nueva pareja tuviera una relación próspera, duradera y con hijos.



EL CASAMIENTO. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2016



EL FOTÓGRAFO
Acrílico sobre tela 50 x 70 cm. 2017

El artista nos presenta al fotógrafo como el personaje principal de esta obra, instalado en uno de los parques urbanos de mayor importancia de la capital poblana: el Paseo Bravo, el cual históricamente tuvo otros nombres como Paseo Nuevo, Alameda, Paseo de la Emperatriz, entre otros.

En la actualidad, este espacio sigue siendo uno de los parques más transitados por estudiantes, trabajadores, familias, personas foráneas que esperan el transporte público, entre muchos otros más.

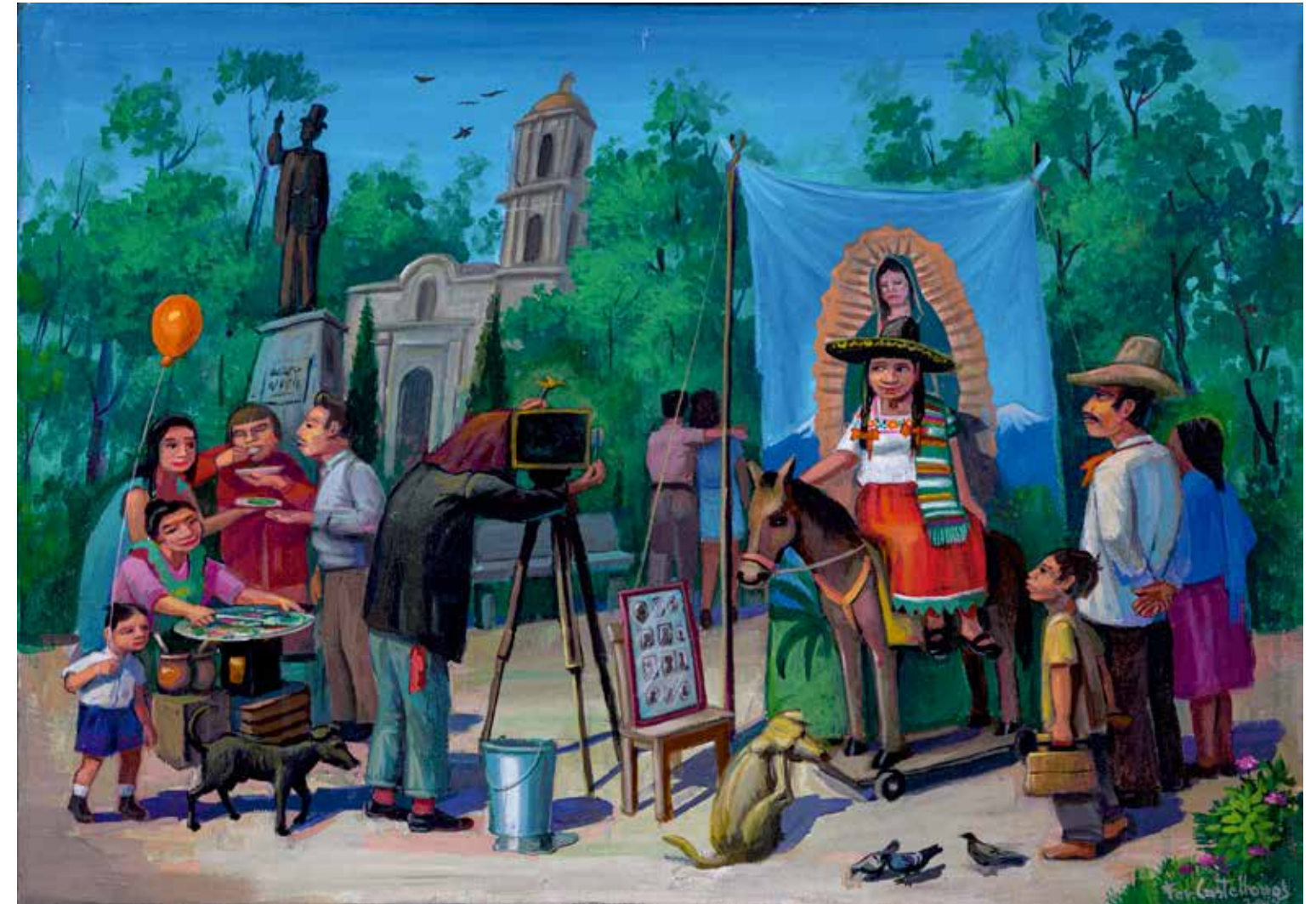
La obra recrea los tiempos en que a este paraje acudían las empleadas domésticas para encontrarse con sus novios. Durante los fines de semana, el popular paseo fungió como un lugar importante de recreación y distracción familiar.

Los fotógrafos de esa época utilizaban cámaras de caja, apoyadas en un tripié de madera, que ocupaban un sistema completamente analógico. Sobre una silla colocaban un muestrario enmarcado, con los tamaños de fotografías. También instalaban escenografías con telones de fondo, pintados al temple, algunos alusivos a la Virgen de Guadalupe, otros a paisajes o volcanes.

Era muy común que tuvieran mulitas o caballos de madera sobre una base del mismo material, las cuales tenían ruedas que servían para transportarlos de un lugar a otro. Colocaban unos lienzos improvisados a manera de vestidor y un espejo para que la gente pudiera arreglarse. En un perchero colocaban accesorios, como sombreros de charro, faldas de china poblana y rebozos, para generar un ambiente muy regional y pintoresco.

El artista no omite estampar en su obra a las típicas y populares chaluperas, ni los detalles expresivos de los personajes que se deleitan con el sabor de los antojitos poblanos.

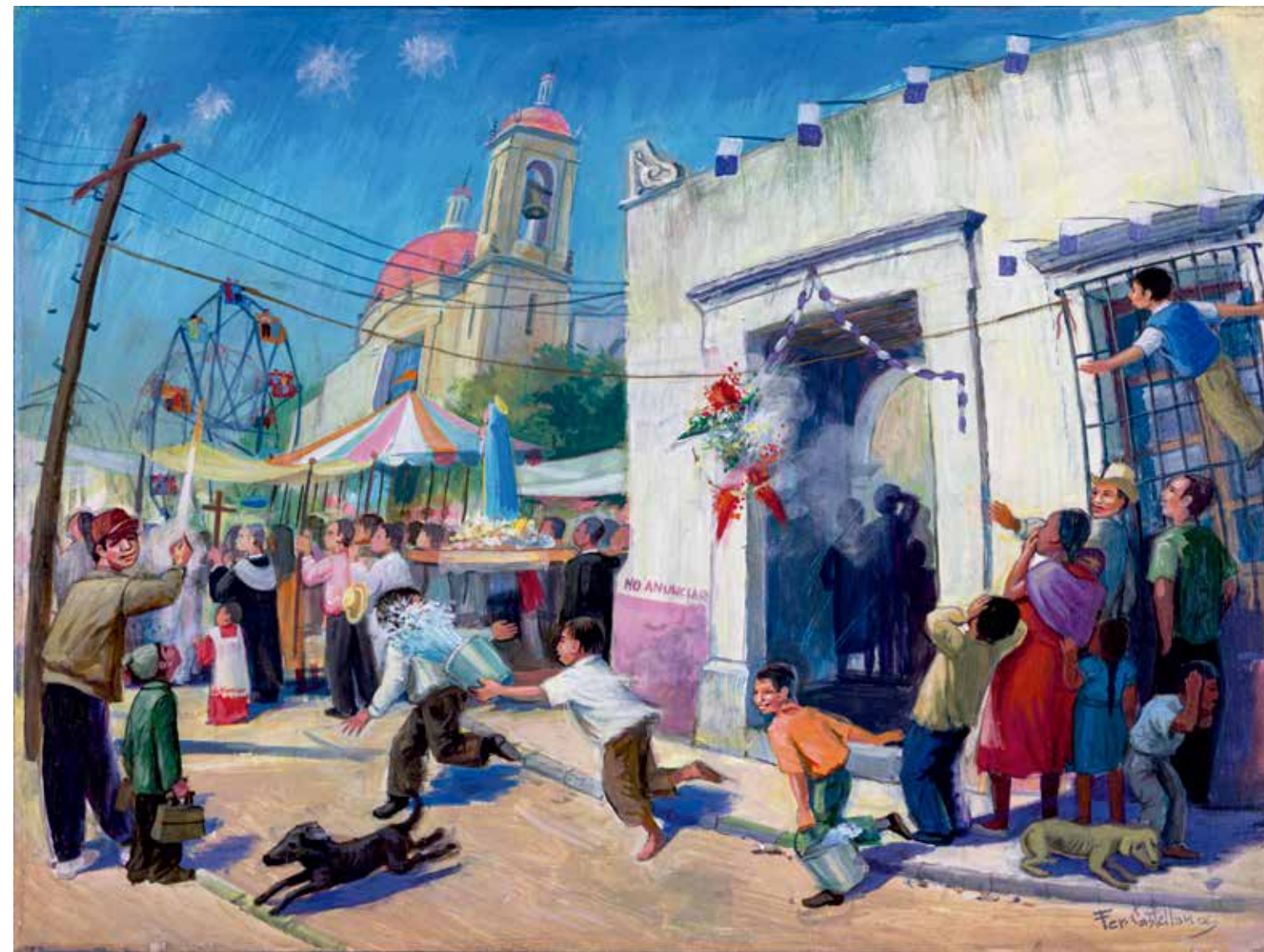
Supincel tampoco excluye el toque costumbrista. En la imagen se aprecian vagando perros callejeros, palomas que buscan migas de comida, el monumento dedicado a Gabino Barreda, la familia esperando a que la hija sea retratada, el niño bolero descalzo, la pareja de enamorados, el infante con un globo y, de fondo, la zona arbolada. Este último elemento imprime las características de coherencia e identidad que aún prevalecen en el Paseo Bravo de la ciudad de Puebla.



EL FOTÓGRAFO. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2017



UN BANCO EN EL JARDÍN. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2018



SEMANA SANTA. Acrílico sobre tela 60 x 50 cm.
2018

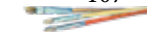




CASAMIENTO EN LA IGLESIA DE DOLORES. Acrílico sobre tela 70 x 100 cm.
2021



RÍO SAN FRANCISCO. Acrílico sobre tela 90 x 70 cm.
2021





RECREACIÓN

LUCHA LIBRE
Acuarela sobre papel 55 x 75 cm. 2002

La presente obra rinde homenaje a una de las más populares atracciones, el denominado deporte rudo: la lucha libre. Como contexto principal, el artista se sitúa en la Arena Puebla. Orgullosamente, los poblanos pueden afirmar que esta fue la tercera arena que se construyó en nuestro país y desde su creación, en los años 50, hasta nuestros días ha ofrecido espectaculares funciones al público en general. El edificio de la Arena Puebla está ubicado en la avenida 13 Oriente, en el barrio del Carmen, casi en pleno Centro Histórico de la ciudad, lo que permite el fácil acceso de los aficionados.

Con un lenguaje ameno, el artista recrea la magia en el cuadrilátero, destacando la expresión gráfica de los personajes y sus acrobacias, sin omitir el ambiente y folclor a cargo de los asistentes o aficionados. Todo motiva al espectador de la pieza a recordar la tan escuchada y popular frase que pronuncia el narrador en cada contienda: "Lucharán de dos a tres caídas, sin límite de tiempo".

Cada personaje en el ring está dotado de personalidad propia. El simbolismo de la máscara acompaña el ocultamiento de la identidad de los individuos. Otros muestran la cara, haciendo énfasis en su masa corporal y en sus icónicas y largas cabelleras. Todo en conjunto, nos hace recordar la época dorada de la lucha libre en México, cuando los contrincantes se disputaban la continuidad de su carrera con el muy famoso "pelearán mano a mano, máscara contra cabellera".

Así pues, la pintura hace énfasis en detalles del vestuario de los luchadores: coloridas ropas ceñidas al cuerpo, ajustados calzones, botas largas, y también en los accesorios de cada protagonista. Es sobresaliente la escena dentro del cuadrilátero. El pintor le otorga una generosa cantidad de color y luminosidad. Hace resaltar ciertas características de los luchadores rudos y técnicos. Los primeros con actitudes irrespetuosas, atrevidas e incluso cobardes; mientras que los

segundos se comportaban de manera limpia, leal, justa y valiente.

La escena divierte al espectador con los movimientos corporales y las gesticulaciones de los luchadores, "deportistas y actores del drama". Se ejemplifica claramente el factor sorpresa entre adversarios que ejecutan lances desde la tercera cuerda, castigos sobre el piso y las famosas llaves, como la desnucadora, la quebradora o backbreaker rack, la tapatía, la Wilson, tirabuzones, tirones de medio cangrejo, entre otras. Algunos ejecutan acrobacias peligrosas para saltar fuera del ring, pero también se aprecia la cobardía de los rudos entre la apasionada multitud que les dirige chiflidos, abucheos, gritos e insultos. El réferi, en la impulsiva escena, se encuentra atento para realizar el conteo o dar fe de alguna rendición de los luchadores; abajo del cuadrilátero, la edecán levanta el cartel que anuncia el último asalto.

La lucha libre ha traspasado sus fronteras ya que no solo ha sido un entretenimiento popular, sino que forma parte de la trama de historias fantasiosas en la pantalla grande, donde los luchadores enfrentan monstruos infernales, seres de ultratumba, delincuentes, traficantes y hasta extraterrestres.

Uno de los luchadores de mayor trayectoria fue Rodolfo Guzmán Huerta, mejor conocido como *El Santo* o también llamado el Enmascarado de Plata, y que en varias cintas compartió ring con el famoso *Blue Demon*. En la Arena Puebla llegaron a debutar otros famosos luchadores como Black Shadow, Blue Panther, Bulldog, Canek, Cavernario Galindo, Huracán Ramírez, El Solitario, Mil Máscaras, Octagón, Rayo de Jalisco, Solar, Sombra Negra, Súper Astro, Súper Muñeco, Tinieblas, por mencionar algunos. Durante mucho tiempo, este lugar fue una escuela y formó luchadores como El Egipcio, Arturo Casco (mejor conocido como La Fiera), Pegaso, Fuerza Chicana, entre otros.



LUCHA LIBRE. Acuarela sobre papel 55 x 75 cm.
2002



EL BALNEARIO. Acuarela sobre papel 56 x 74 cm.
2003



DE DOS DE A TRES CAÍDAS. Acuarela sobre papel 55 x 70 cm.
2006





DÍA DE CAMPO. Acuarela sobre papel 49 x 68 cm.
2010



LA PULQUERÍA
Acuarela sobre papel 50 x 70 cm. 2010

El recuerdo de las pulquerías lleva al artista a resucitar algunas escenas de su infancia y juventud. Sus tías solteras, Concepción, Andrea y Cuchina, acostumbraban tomar un vaso de pulque después de la comida, por ser un buen digestivo, aunado a que era una bebida barata. Este hábito era practicado por muchas familias de clase media.

Generalmente, las pulquerías de Puebla tenían nombres simpáticos, caben mencionar: *Échate la Otra*, *El Gato Negro*, *Las Faenas de Gaona*, *Sales a Gatas*, entre muchos más.

En esas épocas Fernando Castellanos acompañaba a la tía Concha. Al principio la esperaba afuera de la pulquería; después, ya siendo joven, podía entrar y apreciar detenidamente la parte decorativa del lugar, los techos donde colgaban hilos con tiras de papel de china de muchos colores, las paredes con calendarios, así como los cuadros y carteles con frases llenas de picardía. Atrás del mostrador, regularmente, se instalaba el altar de alguna imagen religiosa. Ya por último, el piso estaba lleno de aserrín mojado, una costumbre muy arraigada por la creencia de que hacía más fácil el aseo.

Cabe mencionar que, al principio, en las pulquerías se colocaban letreros que decían: "Se prohíbe la entrada a mujeres y uniformados"; con el paso de los años en algunos locales se permitió el acceso a las mujeres que tomaban su pulque en un lugar apartado.

Muchos de los recipientes, jarras, vasos, tornillos, etcétera, eran de vidrio verde. Los envases más utilizados para servir el pulque eran los tornillos, que correspondían a un vaso grande de litro en forma de espiral; por su parte, el camión era un vaso pesado y liso; el chivo recibía su nombre por tener una cabeza con la forma de este animal; la cacariza estaba adornada con relieves o chipotitos; la dama o catrina era una jarrita pulquera. Todos estos objetos

se colocaban sobre repisas de madera. Como el exceso de pulque podía provocar algunos gases estomacales, también se colocaba sobre la barra un trasto con carbonato que servía para inducir el eructo y continuar bebiendo.

Uno de los juegos que se acostumbraban dentro de la pulquería era la rayuela, como lo podemos apreciar observando al personaje de chamarra azul, quien está a punto de lanzar una moneda. Atrás de la barra se ve al pulquero gordo sirviendo el espeso y blanco pulque.

Los personajes son muy variados, entre ellos destacan: el cargador que trae su mecapal, un sombrero maltratado y huaraches gruesos de cuero, los músicos que amenizan el ambiente, la pareja que baila entre la concurrencia. Cabe mencionar que, a partir del consumo de tres rondas de pulque, se les daba a los clientes un bofetito que podían cambiar por artículos de loza, los cuales vemos colgados en la pared de atrás de la barra, o bien por los populares recuerdos, que eran cabezas de toro elaboradas en cera, sobre una tablita con banderillas cruzadas. Por último, se logra ver una barda que oculta el área del mingitorio.

Las pulquerías, después de estar casi extintas por la introducción de la cerveza en el país, fueron evolucionando en sus instalaciones. Ahora, aunque conservan el toque tradicional, se les denomina "neopulquerías". Ya no existe la restricción de entrada a mujeres y las pulquerías han cobrado fuerza nuevamente sin importar la condición de los consumidores, es decir, ya no son lugares destinados a un solo sector. También han incorporado sabores a su oferta, lo que reduce la acidez del pulque.

En esta obra, Fernando Castellanos hace homenaje y justicia a las pulquerías de antaño que, durante muchas décadas, fueron un importante escenario para saborear la bebida de los dioses.



LA PULQUERÍA. Acuarela sobre papel 50 x 70 cm.
2010

CANTINA
Acuarela sobre papel 55 x 75 cm. 2010

La obra está inspirada en aquellas cantinas famosas que existieron en la ciudad poblana, como La Estrella, La Ópera, Mi Oficina, El Correo, La Terminal, entre tantas otras más. El pintor puntualiza el ambiente que imperaba en este tipo de cantinas. Para tal hecho, detalla el mobiliario: en el fondo, los espejos característicos y atrás de la barra, de piso a techo, el enorme mueble donde se colocaban las botellas de licor. Vemos también las mesas de madera rústica, las sillas de alambrón trenzado para darle soporte a las patas y respaldo, el ventilador y los focos con cables largos que colgaban del techo, hasta un viejo televisor de bulbos.

Entre los personajes, vistos de izquierda a derecha, se sitúan primero los cantantes de boleros que deambulaban entre las cantinas para ofrecer sus canciones y ganarse algunas monedas, además de la mesera que debía mostrar eficiencia, amabilidad y simpatía a los visitantes. No podían faltar ciertos personajes, como el licenciado, los obreros, los compadres, las parejas y, acercándose a los clientes, el niño descalzo que vendía chicles.

Como un gesto alegórico, con una copa de oro en la mano, se aprecia en una de las mesas a Baco, el dios griego del vino, la fiesta y el jolgorio. En la composición se recrea el efecto de las copas, que dan origen a las típicas discusiones entre los asistentes que alegan tener la razón o exageran sus muestras de afecto, la típica frase: “tú eres mi compadre, mi amigo, qué digo mi amigo, ¡mi hermano!”. Y en la barra, algún extraño que ya se encuentra perdido

en profundo sueño por haber consumido alcohol en exceso. Atrás de la misma, el cantinero sirve los tragos y al camarero limpia los vasos.

Fernando Castellanos no podía omitir, en esta escena de cantina, al característico perro callejero que se adentra, aprovechando que el local está abierto, en busca de comida o agua.

Como parte ornamental en las paredes, sin perder los detalles del lugar, se incluye el típico calendario que promovía ciertas marcas de bebidas o cigarros con la fotografía de la vedete de moda. Asimismo, se remarcan algunos letreros con la lista de precios, o carteles con refranes o frases populares como:

- Si la vida te da limones, pide sal y tequila.
- A palabras de borracho, oídos de cantinero.
- Hoy no se fía, mañana sí.
- Para todo mal, mezcal; para todo bien, también.
- Y si no hay remedio litro y medio.

La presente obra, sin lugar a dudas, logra homenajear esos espacios que, dependiendo de los parroquianos, resultan ser escenarios divertidos, patéticos o cómodos confesionarios donde se habla libremente y se participa en los secretos de cantina.



CANTINA. Acuarela sobre papel 55 x 75 cm.
2010

SALÓN DE BAILE
Acuarela sobre papel 56 x 75 cm. 2010

En la presente obra se combinan los discursos rítmicos del movimiento, los efectos surrealistas y una línea de horizonte alta. Inspirada en aquellos lugares de entretenimiento, tardeadas en los balnearios de La Paz y Agua Azul, noches de baile en los clubes sociales, como el de Leones o el de Rotarios, y otros no tan prestigiados en los barrios y colonias de la capital poblana.

En esta composición podemos encontrar la diversidad característica de los personajes que concurrían en los muy populares y bulliciosos salones de baile de Puebla. Observamos, entonces, parejas muy acarameladas, coreografías de expertos bailadores, típicos solteros que llegan a observar en espera de la conquista, así como el caballero que invita a bailar a la guapa dama, acompañados de la música orquestal.

En aquellos años 60 estaba muy de moda el twist, baile que, en sus inicios, fue catalogado como vulgar y obsceno, ya que se podía bailar sin pareja. Había otros ritmos muy populares como el chachachá, el danzón y la cumbia, géneros musicales latinos con influencias

africanas, que empleaban la combinación de percusiones, cuerdas y viento (tambores, trompetas, güiros, etcétera). La mezcla de estos ritmos incitaba a la juventud a mover el cuerpo con sensualidad, informalidad y elocuencia. Los concursos de baile eran muy aclamados por los asistentes, y las parejas acudían a ejecutar volteretas complejas o sus mejores pasos, acordes a las diferentes disciplinas.

Imaginariamente, el artista coloca en la escena a los músicos suspendidos en el aire con sus instrumentos, haciendo alusión a la adrenalina del espectáculo, donde la música te hace volar. En la pista de baile las expresiones corporales le brindan un rítmico movimiento a la pintura. La variada gama cromática, de luces y volúmenes, impregna alegría a la composición, proporcionando coherencia y equilibrio a la obra.



SALÓN DE BAILE. Acuarela sobre papel 56 x 75 cm.
2010

LA FAMILIA Y LA TELEVISIÓN
Acuarela sobre papel 47 x 66 cm. 2011

Entre los años 1950 y 1960 la televisión comenzó a estar de moda, pero para numerosas familias resultaba difícil tener una en casa, por lo que muchas tiendas famosas vendían dichos aparatos en abonos. Los más comunes eran en blanco y negro, de bulbos y con un sistema manual, es decir, para cambiar los canales tenían una perilla, y para modular la sintonía o el volumen tenían otros botones giratorios. La perilla del volumen servía para encender y apagar el televisor.

El aparato se colocaba en una estancia común y, para poder captar la transmisión, se conectaba a un cable sujeto a una antena en la azotea o en el exterior de la casa.

En esta obra, el autor insiste en interpretar a la típica familia dentro de un cuarto de vecindad. Era muy usual que quien lograba adquirir un televisor cobrara una módica cantidad a quienes no tenían una en casa. Los programas más populares eran las luchas, el box y las telenovelas.

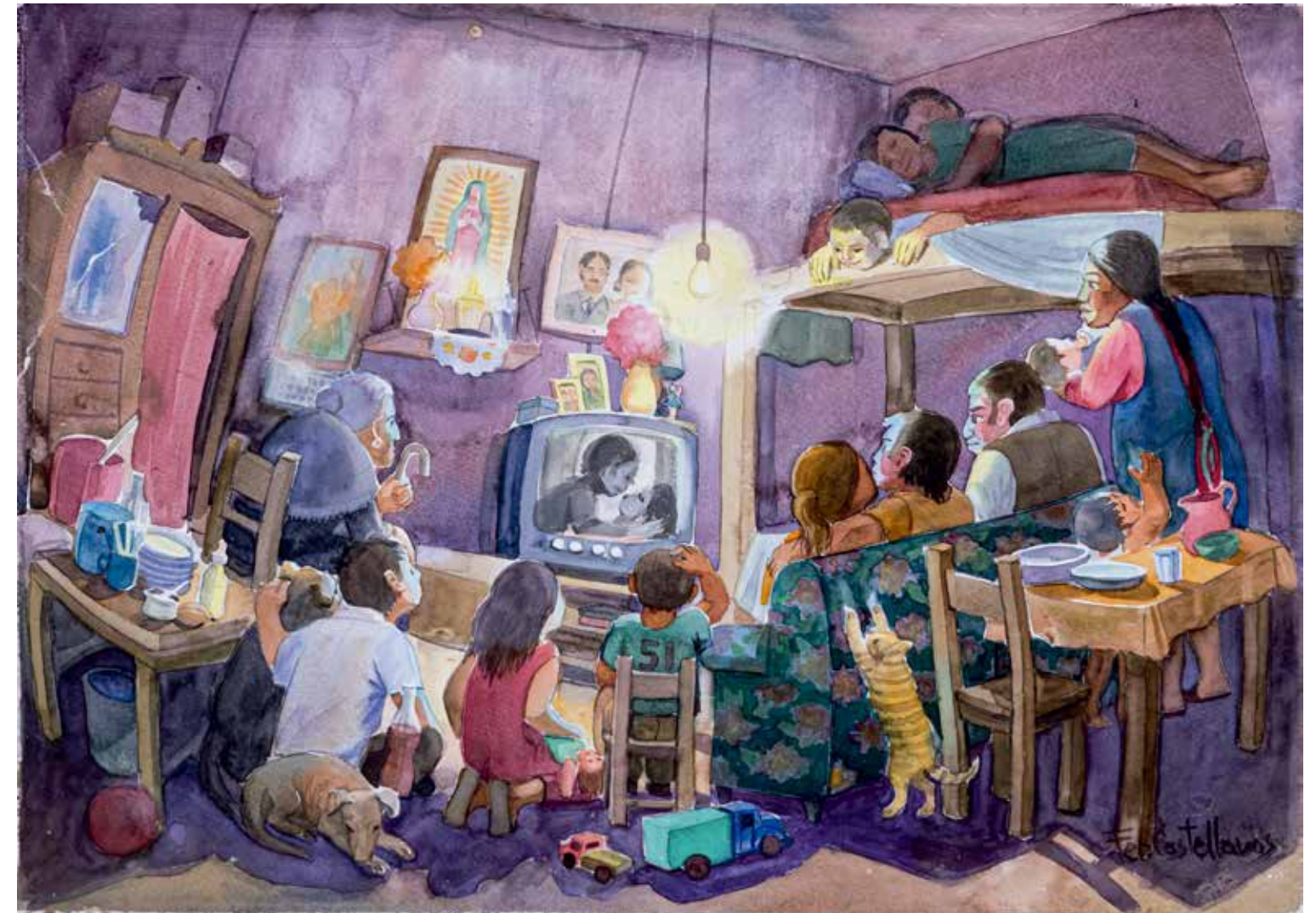
Sitúa a los personajes de la numerosa familia con gracia: la abuelita, varios niños, el hijo que invitó a la novia a ver el programa de moda; asimismo, en el mismo sillón aparece sentado el jefe de familia y la esposa de este que carga al nieto; y por supuesto, arriba de la litera se encuentra la pareja de recién casados. También era muy común que la familia

conviviera con las mascotas, por lo que el artista coloca simpáticamente al perro chato y al gato arañando con sus filosas garras el sillón de terciopelo.

El autor logra un gran contraste entre los personajes y los objetos dentro de la habitación, pero al mismo tiempo armoniza la distribución de ellos. Cada objeto acerca al espectador a recrear las cargadas decoraciones de los pequeños espacios de la habitación, donde podemos observar, arriba del televisor, los típicos retratos, el florero y la figura de cerámica, los cuales forman parte de los recuerdos de alguna fiesta.

En las paredes desteñidas, se aprecian colgados los retratos de boda, xv años o alguna memoria familiar, los calendarios que regalaban las abarroteras o tiendas y una imagen religiosa. La obra hace referencia a la época en que se utilizaban grandes roperos, atiborrados de ropa, que incluían cajones y su espejo. Hay trastos en las sencillas mesas con forros de plástico, juguetes tirados en el piso, una botella de vidrio con refresco, y toda una serie de detalles perfectamente distribuidos.

La obra ilustra la costumbre de las clases populares por convivir en una habitación grande que funcionaba como sala, comedor, dormitorio, incluyendo la televisión como parte fundamental del entretenimiento familiar.



LA FAMILIA Y LA TELEVISIÓN. Acuarela sobre papel 47 x 66 cm.
2011



EN LA CASA DE LA GORDA. Acrílico sobre tela 60 x 80 cm.
2015

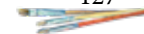


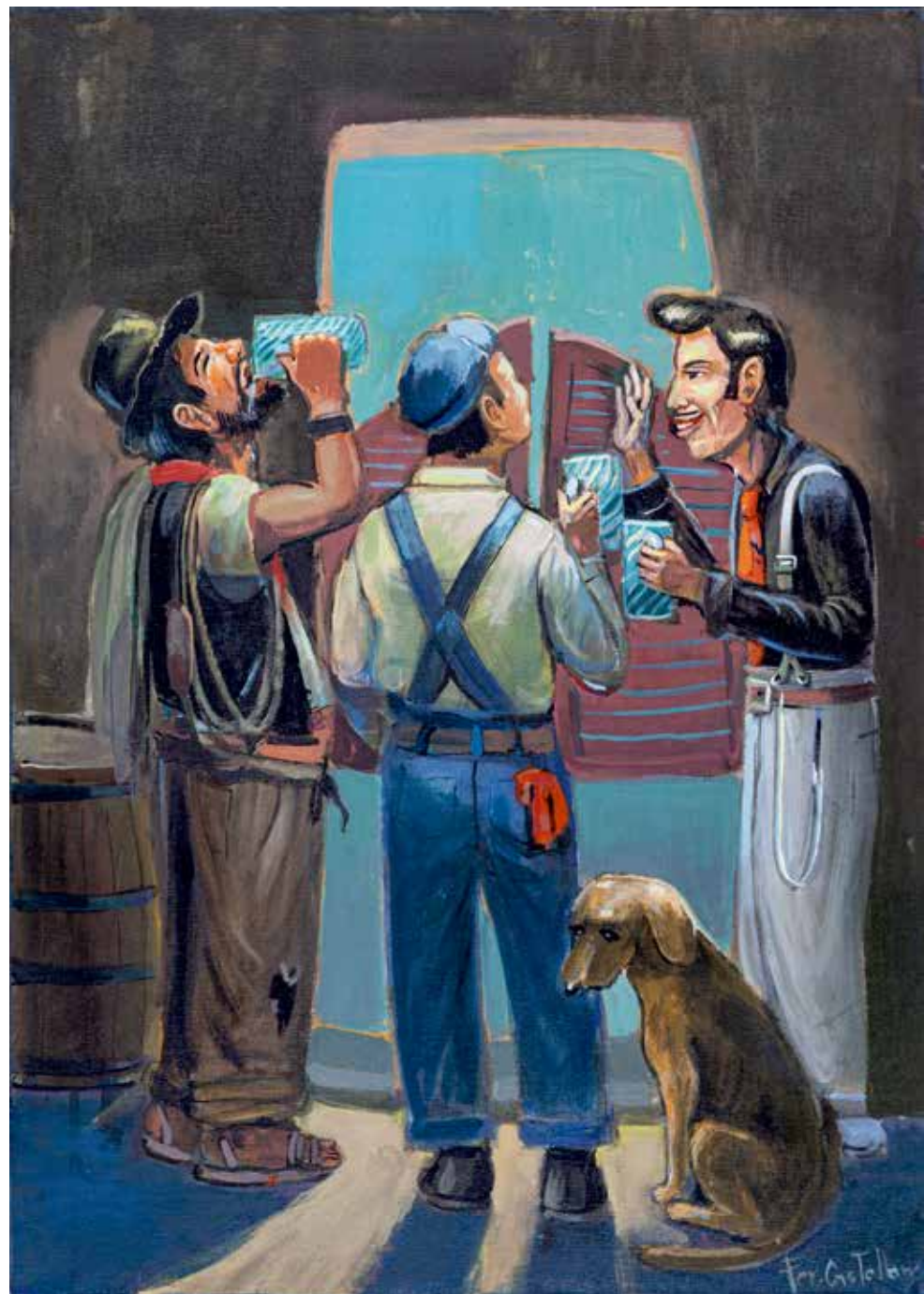


EL PACHUCO Y LA DAMA. Acrílico sobre tela 46 x 30 cm.
2017

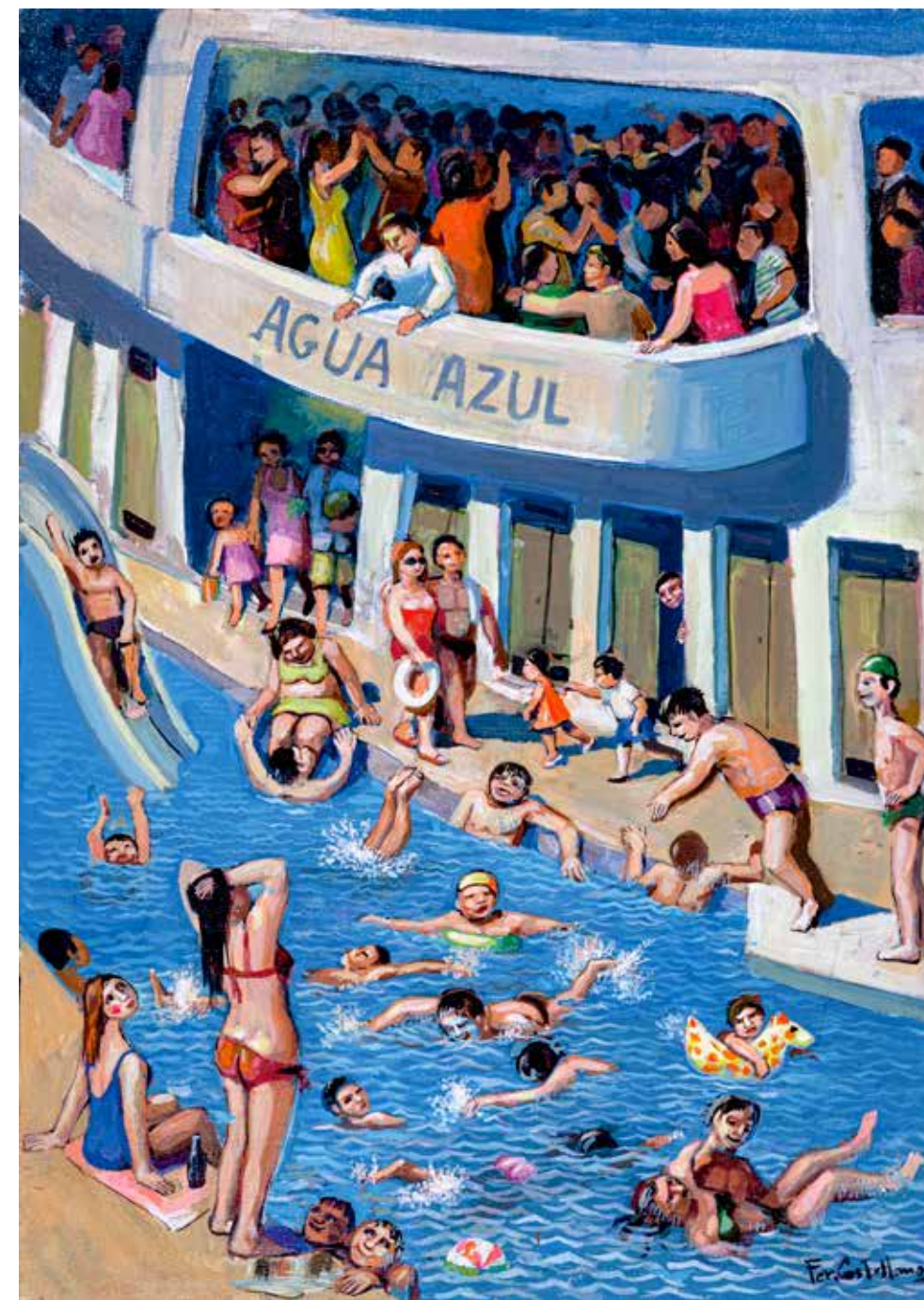


LOS CIEGUITOS. Acrílico sobre tela 60 x 50 cm.
2018





LOS TRES ALEGRES COMPADRES. Acrílico sobre tela 70 x 50 cm.
2021

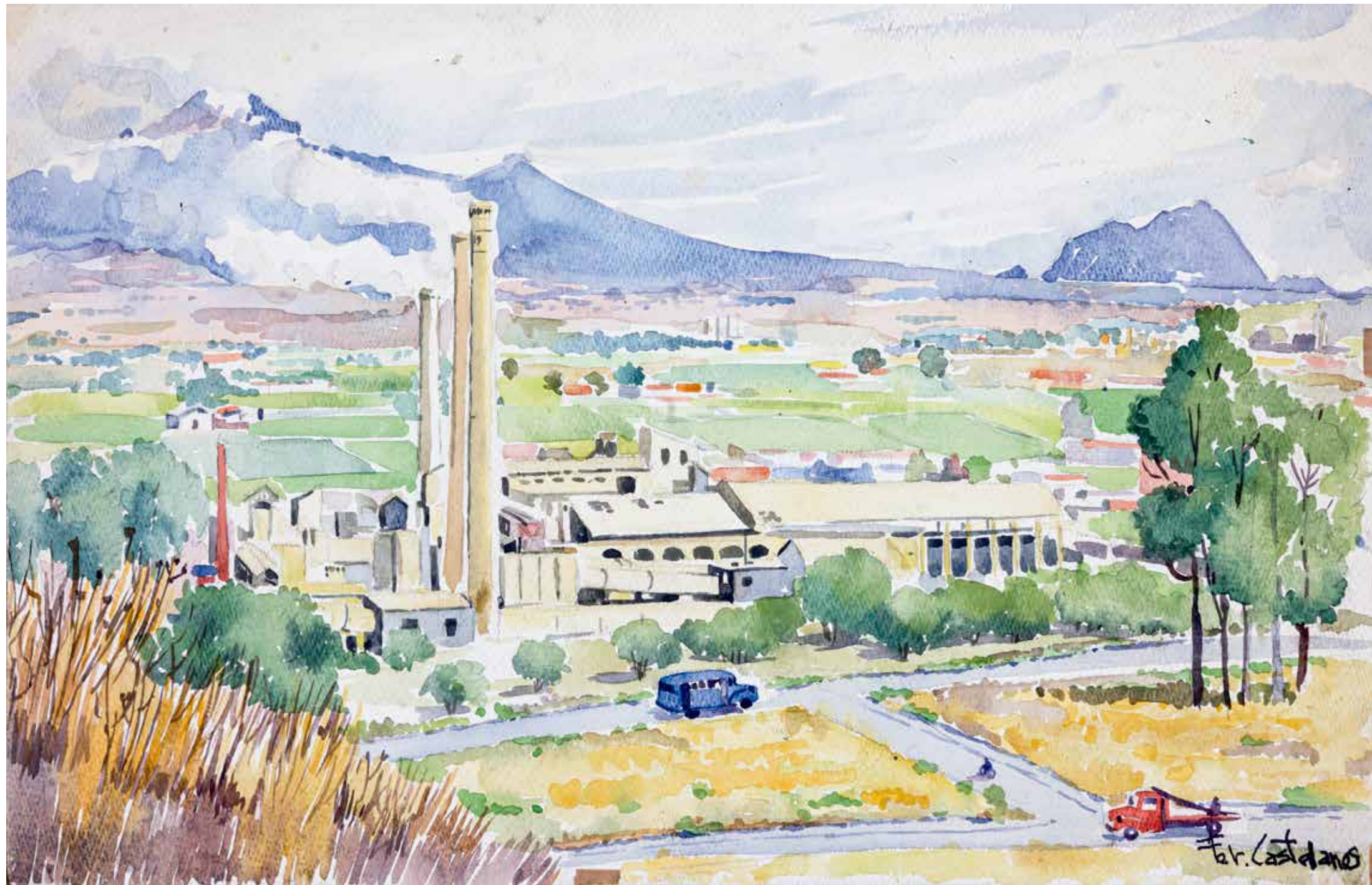


AGUA AZUL. Acrílico sobre tela 70 x 50 cm.
2022





ARQUITECTURA & PAISAJE



LA CEMENTERA. Acuarela sobre papel 30 x 48 cm.
1954



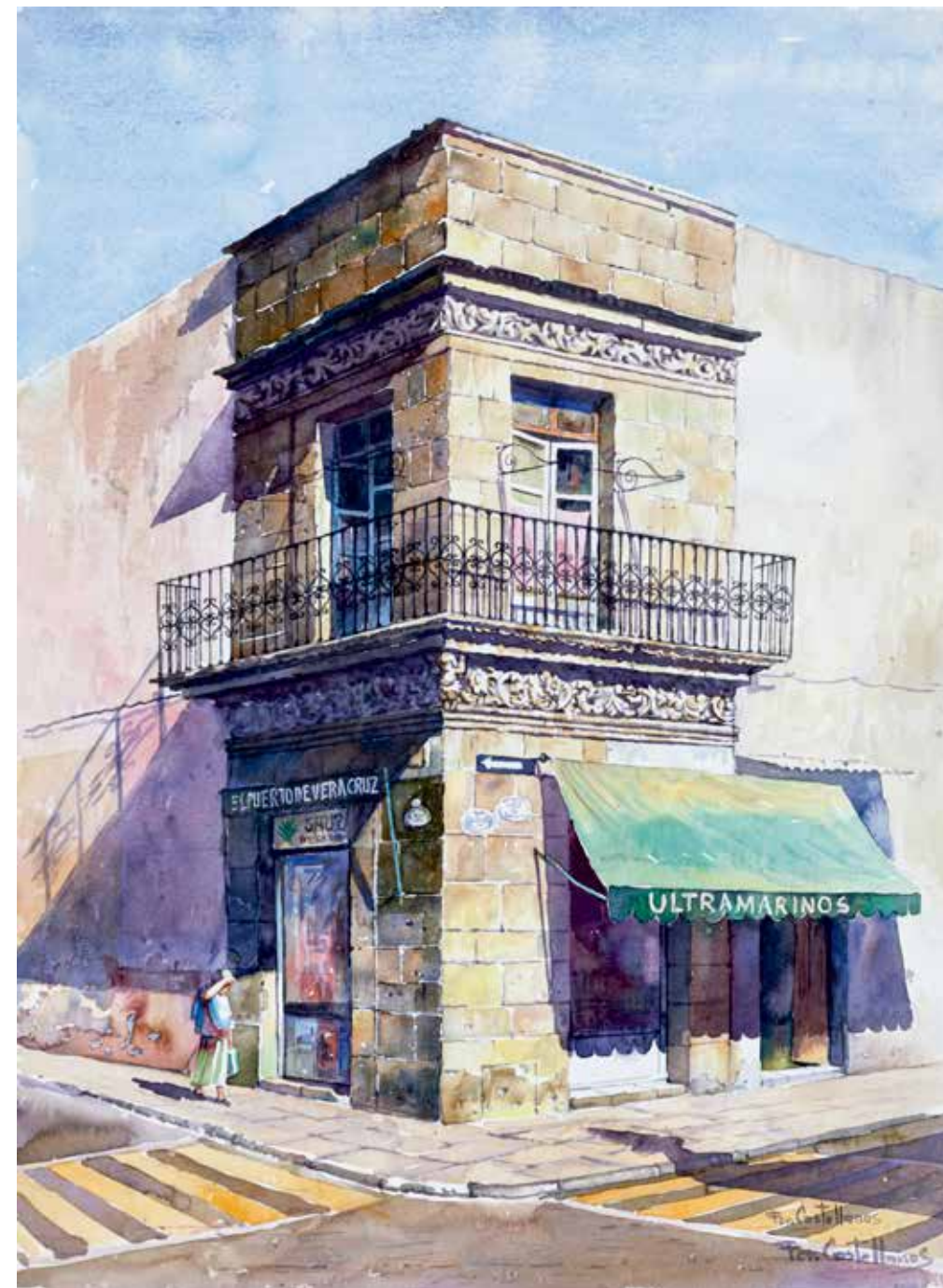


LA VÍA DEL TREN. Óleo sobre tela 30 x 70 cm.
1999





PUEBLO OLVIDADO. Acuarela sobre papel 38 x 58 cm.
1999



ESQUINA COLONIAL. Acuarela sobre papel 75 x 55 cm.
2000

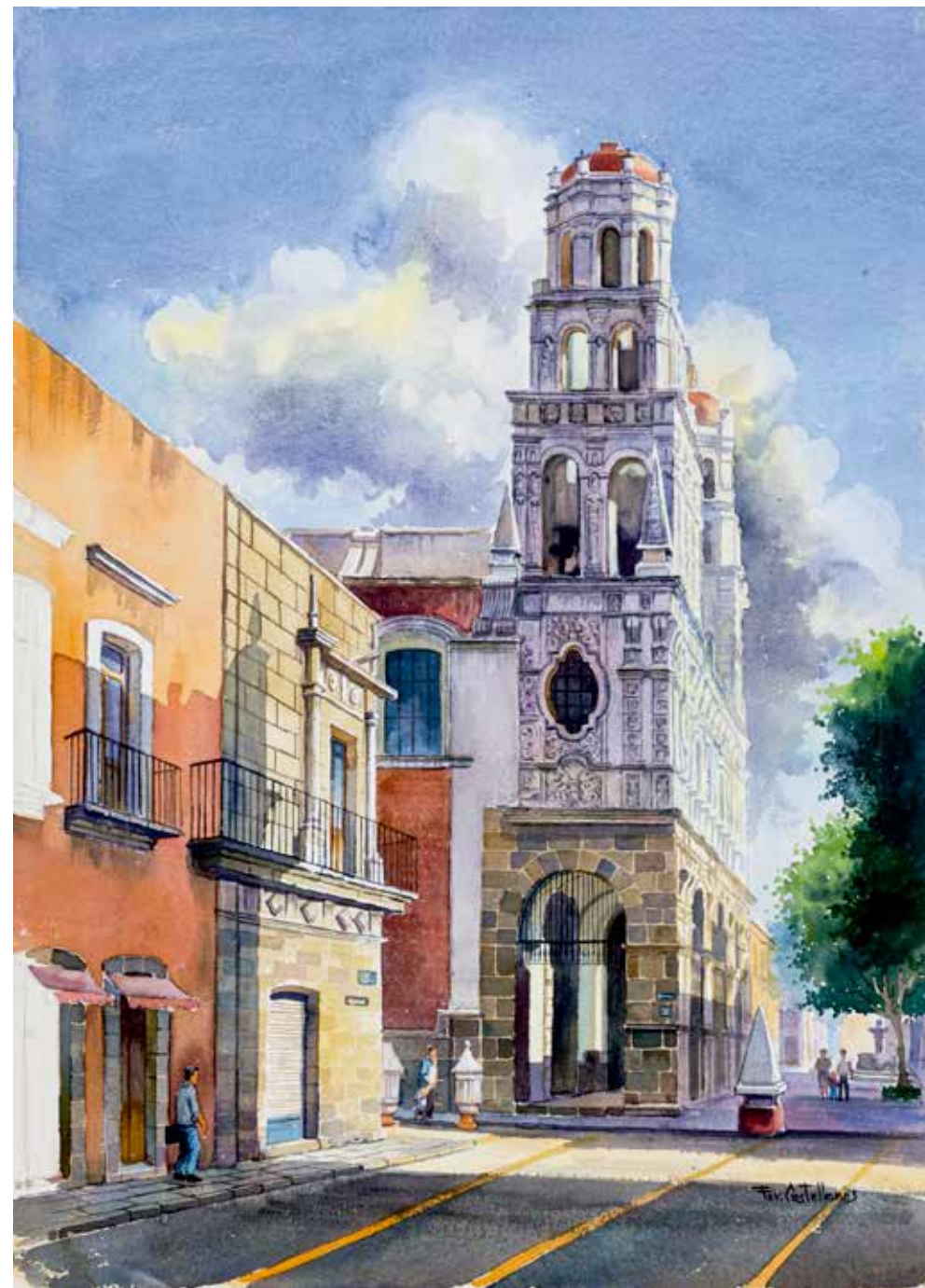


EL ARBOL. Óleo sobre tela 40 x 100 cm.
2001





TORRES Y CÚPULAS DE CATEDRAL. Acuarela sobre papel 56 x 74 cm.
2002



LA COMPAÑÍA. Acuarela sobre papel 75 x 56 cm.
Colección Guadalupe Vázquez Ahumada
2001





CATEDRAL. Acuarela sobre papel 46 x 64 cm.
2004



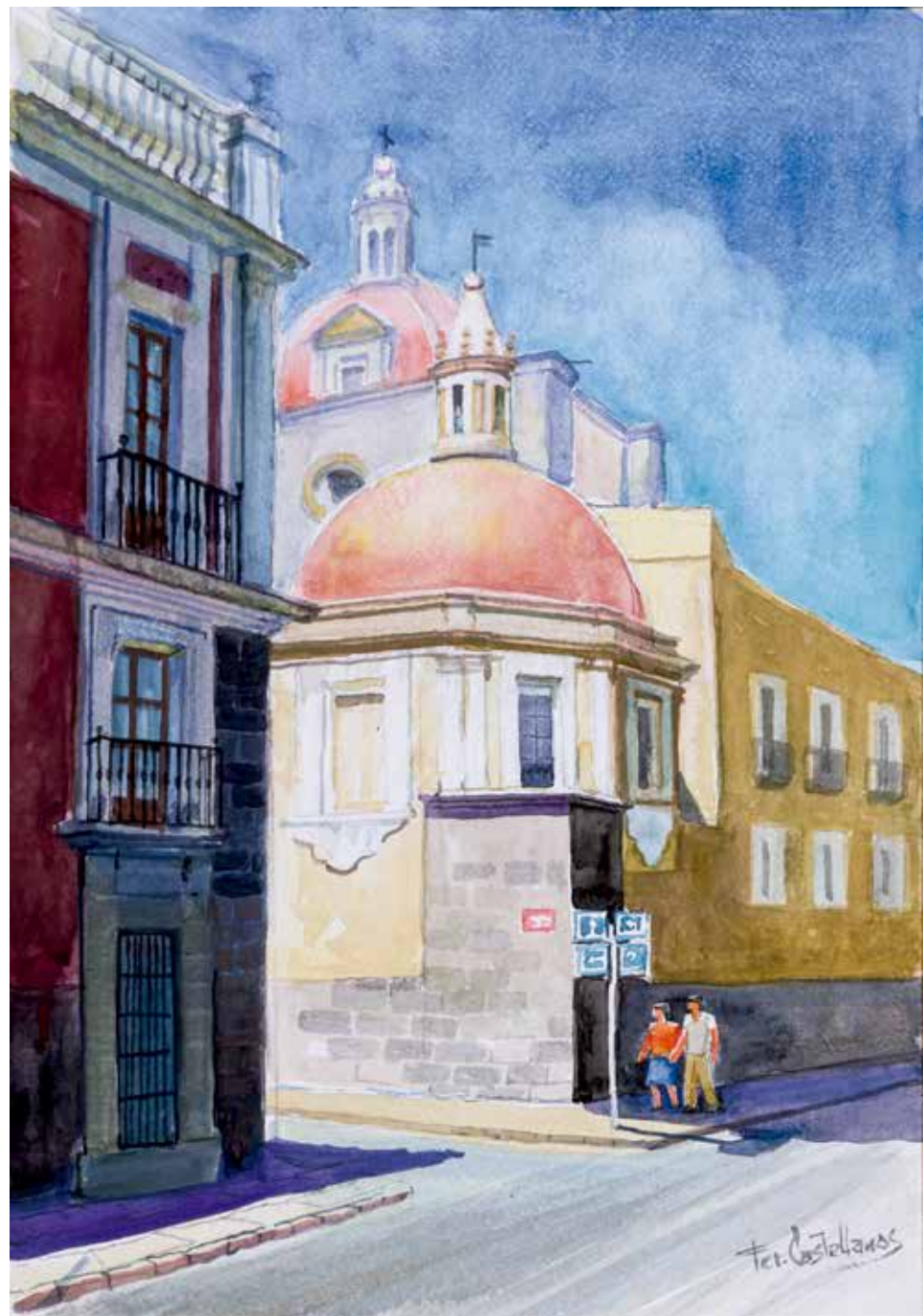
ARZOBISPADO. Acuarela sobre papel 67 x 47 cm.
2007





Los volcanes. Óleo sobre tela 40 x 100 cm.
2010





EL SAGRARIO. Acuarela sobre papel 47 x 33 cm.
2012



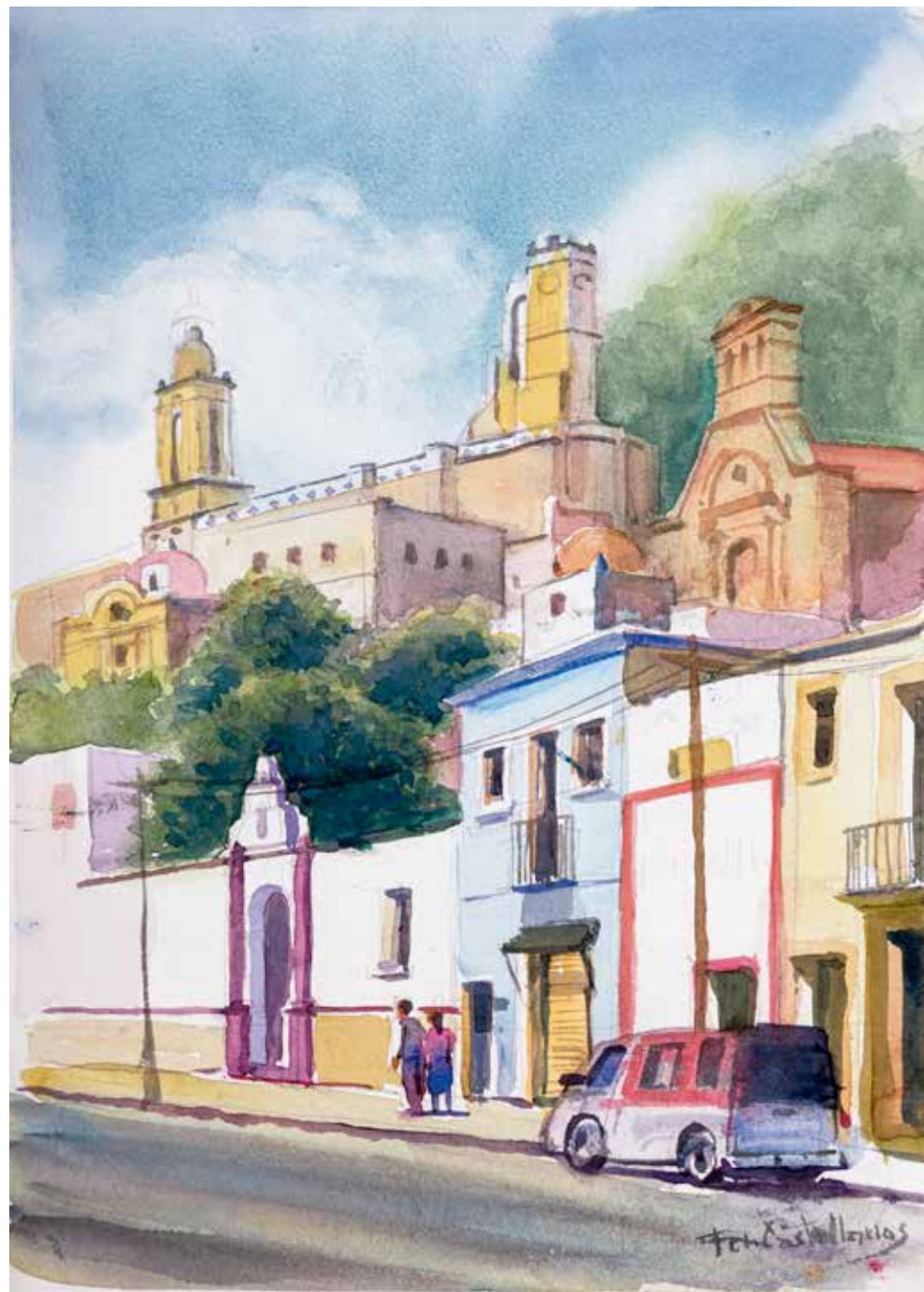
ECCE HOMO. Acrílico sobre tela 43 x 35 cm.
2012





CASA PERDIDA. Óleo sobre tela 90 x 120 cm.
2012





ATLIXCO. Acuarela sobre papel 37 x 27 cm.
2012



SAN MARCOS. Acuarela sobre papel 53 x 37 cm.
2012



PASAJE DEL AYUNTAMIENTO
Acuarela sobre papel 53 x 34 cm. 2013

Trabajo realizado en acuarela.

El artista elige una serie de memorias para la composición de la obra, situándola en el contexto de los años 50. Fernando Castellanos recuerda que, en ese tiempo, había locales de madera dentro del pasaje y se acudía a tomar chocomilk, nevados, aguas frescas o las tortas del *Girofle*, todo lo cual era entonces una moda para los poblanos.

Históricamente, el pasaje del Ayuntamiento también fue conocido como el pasaje francés o callejón de la Alhóndiga.

Ubicado al centro del portal Hidalgo, destaca por los vitrales en sus fachadas de entrada y salida, en los cuales aparece el escudo de la ciudad de Puebla.

Asimismo, el pasaje del Ayuntamiento colindaba con el famoso cine Guerrero que hoy funciona como Teatro de la Ciudad. El cine, en su momento, fue decorado por el maestro pintor Juan R. Fuentes, quien fuera director de la Academia de Bellas Artes de Puebla.

En cada elemento de la obra, el artista hace que destaquen luminosamente los colores blancos, evitando que penetren los pigmentos. Por otra parte, en las partes oscuras se aprecian delicadas capas semitransparentes, superpuestas y con generosidad de colores.

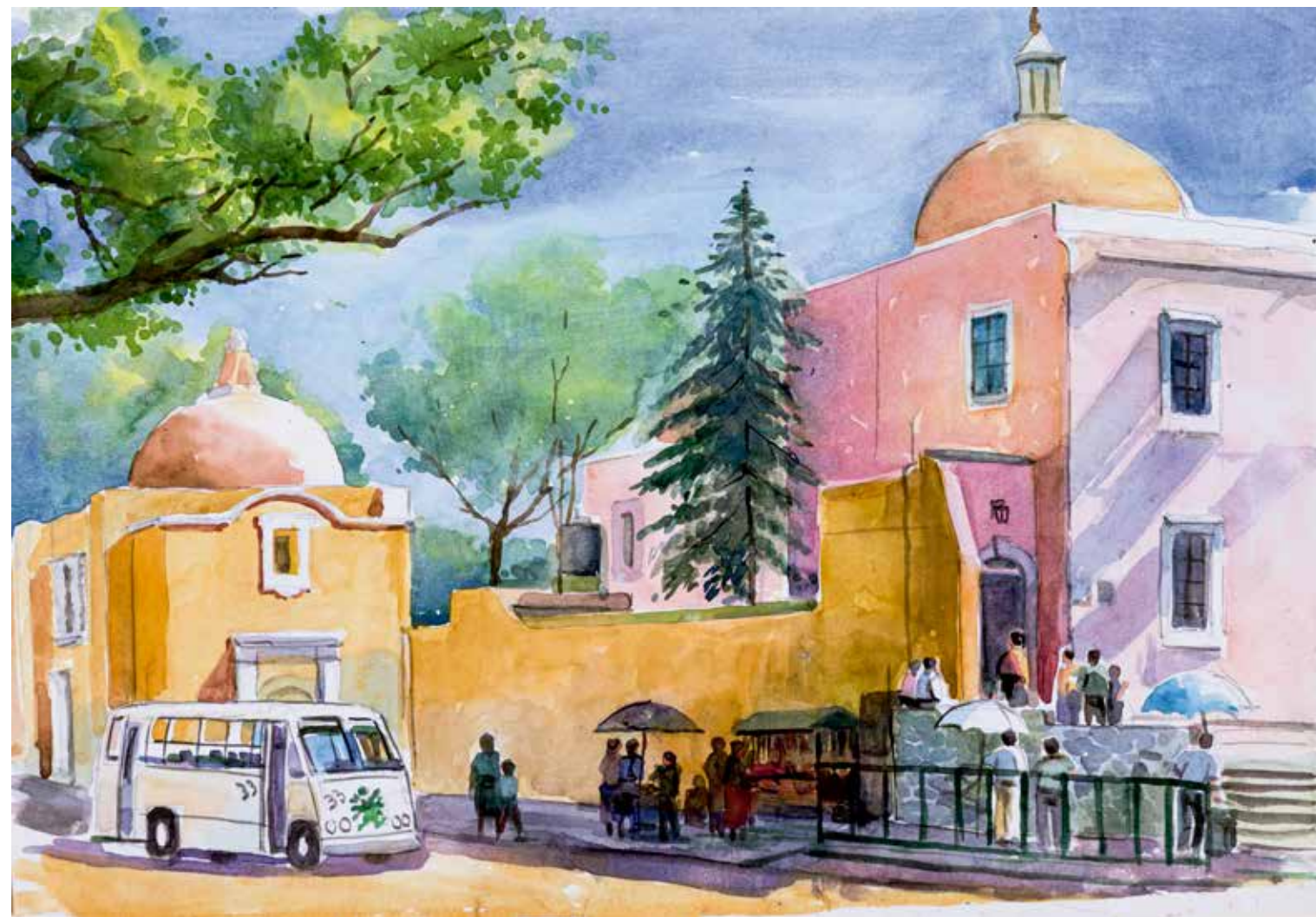


PASAJE DEL AYUNTAMIENTO. Acuarela sobre papel 53 x 34 cm.
2013

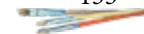




EL BALCÓN. Acuarela sobre papel 48 x 33 cm.
2014



SAN FRANCISCO. Acuarela sobre papel 33 x 48 cm.
2014





SAN JUAN DE DIOS. Acuarela sobre papel 48 x 33 cm.
2014



SAN PABLO DE LOS FIELES. Acuarela sobre papel 33 x 47 cm.
2015





EL ALTO. Acuarela sobre papel 37 x 55 cm.
2015





VOLCÁN. Acrílico sobre tela 30 x 50 cm.
2016



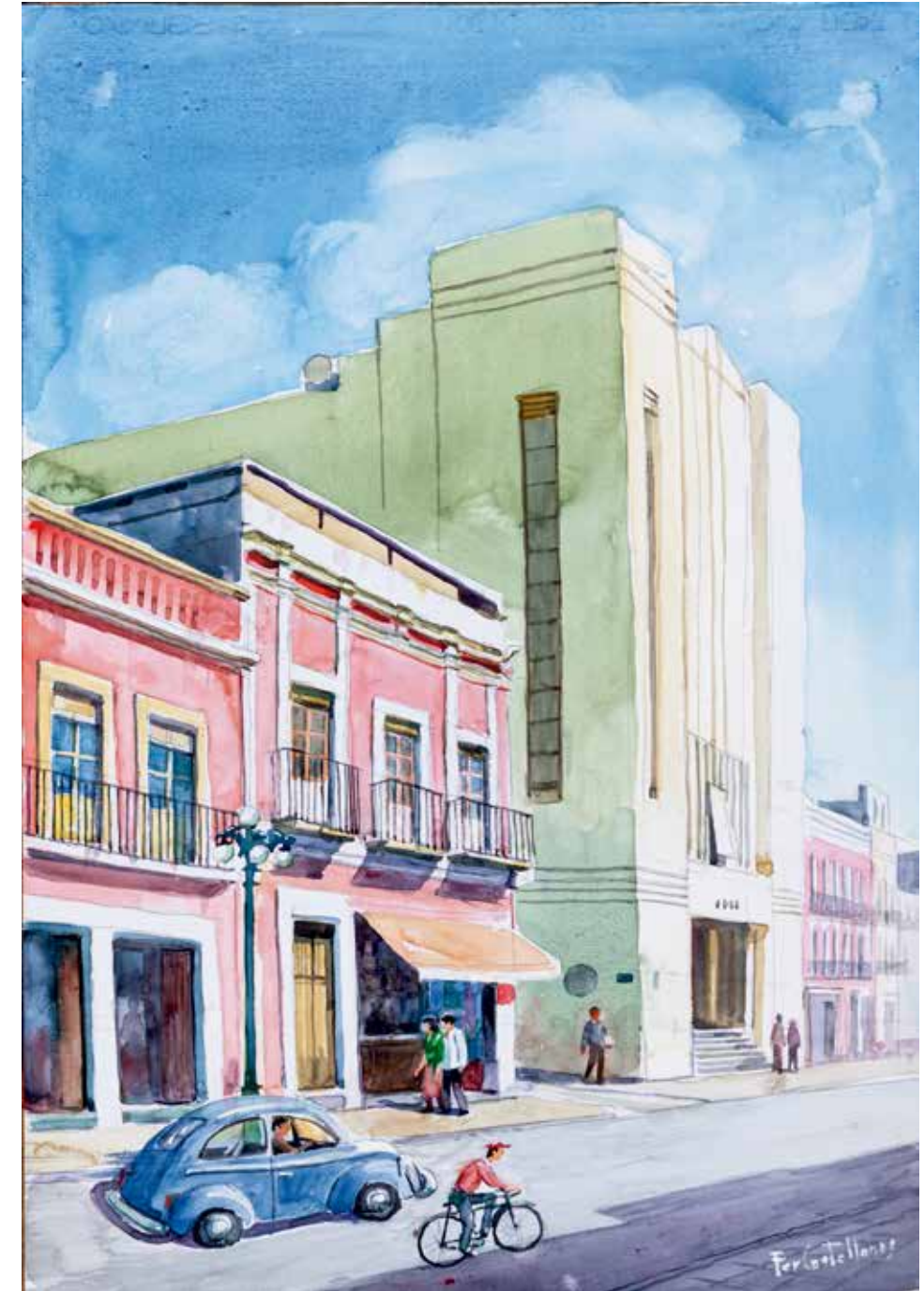
CINE REFORMA
Acuarela sobre papel 68 x 47 cm. 2017

Entre los años 60 y 70 había varios cines en la ciudad de Puebla. Por mencionar algunos: *Variedades, Guerrero, Coliseo, México, Constantino, Puebla, Colonial y Reforma*. Este último fue muy significativo para el Fernando Castellanos, pues creció disfrutando, todos los domingos, muchas proyecciones de estrenos en la pantalla grande.

Es así que el artista evoca la época donde dicho cine, por estar ubicado en una de las zonas modernas y lujosas de la ciudad, fue uno de los lugares más novedosos de entretenimiento para la sociedad. En su interior, el cine tenía exquisito gusto decorativo, la pantalla estaba enmarcada con un telón elegante, las salas tenían cómodas butacas acojinadas y forradas de fina tela. Cabe resaltar que lo más sofisticado del cine era que contaba con aire acondicionado.

Había tres áreas: *luneta*, que era de primera clase; la segunda correspondía a *balcones*; y la *galería* estaba destinada para la tercera clase y costaba un peso. Había un vestíbulo y el área de la dulcería era muy bonita. Generalmente, al terminar cada función, mientras la gente salía, reproducían el bolero de Ravel.

El alto inmueble se ubica sobre la avenida Reforma, y aunque actualmente es ocupado por una tienda de aparatos electrodomésticos, no deja de ser, de manera nostálgica, un viejo escenario con situaciones y emociones grabadas por varias generaciones poblanas.



CINE REFORMA. Acuarela sobre papel 68 x 47 cm.
2017



CASA DE LOS MUÑECOS. Acuarela sobre papel 53 x 37 cm.
2017

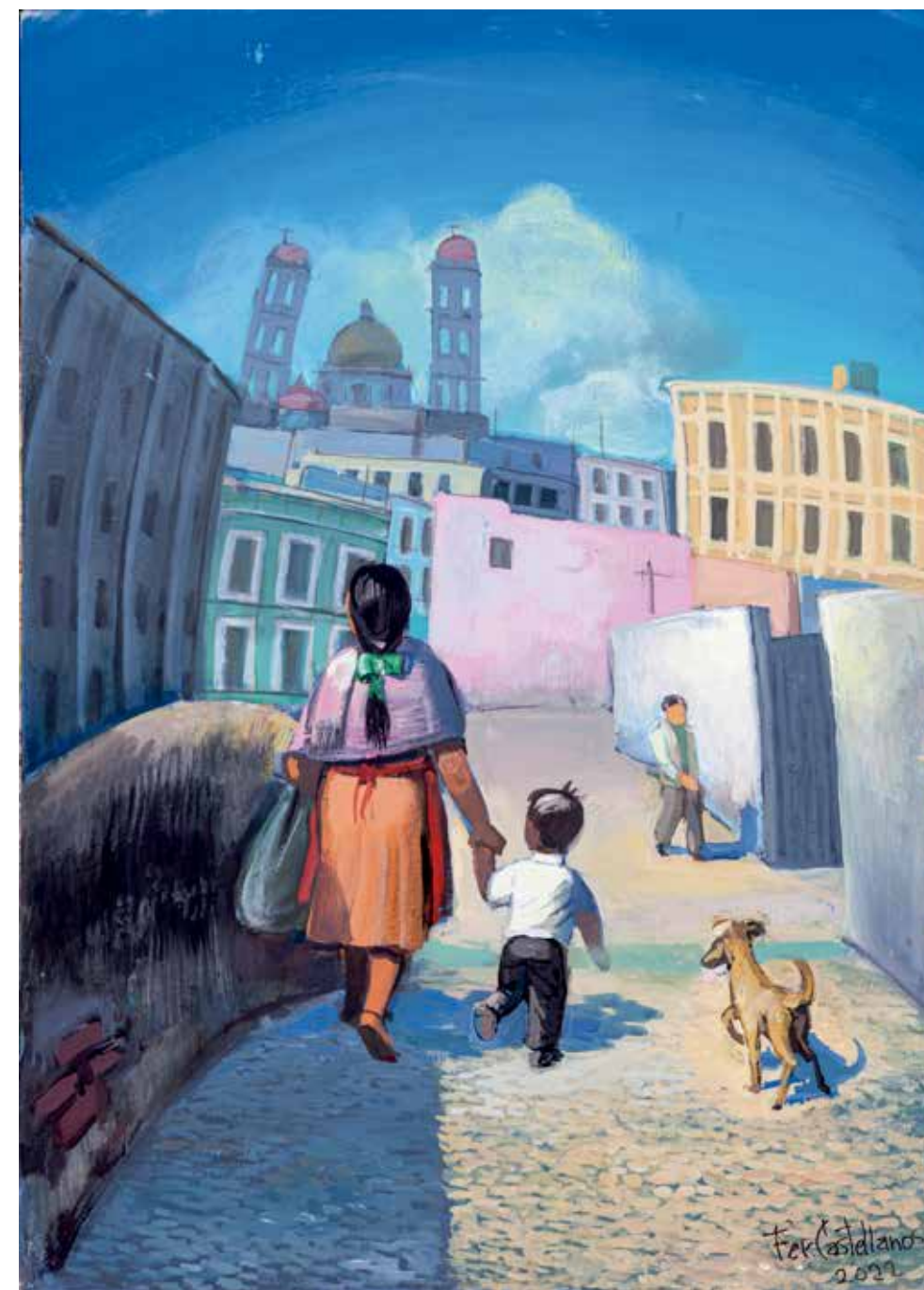


FLORES BLANCAS. Acrílico sobre tela 46 x 36 cm.
2018





LA CONCORDIA. Acuarela sobre papel 48 x 33 cm.
2020



PUEBLA ANTIGUA. Acrílico sobre tela 70 x 50 cm.
2022



MERCADO LA VICTORIA
Acrílico sobre tela 70 x 50 cm. 2021

Para iniciar, se debe señalar que este sitio fue antes una huerta que formó parte del convento de Santo Domingo. Con el paso del tiempo, se hizo costumbre colocar en su exterior puestos ambulantes de alimentos. Durante su mandato, el presidente Porfirio Díaz apoyó al gobierno del estado de Puebla para construir ahí el mercado Guadalupe Victoria o mercado de la Victoria. La construcción tiene varias entradas, aunque la principal es por la calle 3 Norte, esquina con la 6 Poniente, también conocida como calle de Los Gallos. La fachada de dicha entrada es de cantera, cuenta con una torre alta y está compuesta por dos cuerpos, además de un remate con columnas toscanas adosadas.

De esta manera, el pintor recrea el ambiente pintoresco y concurrido que caracterizaba a la calle de Los Gallos, enfatizando el movimiento diario de

sus mejores épocas: los cargadores con sus carritos para trasportar mercancía, la señora con la cazuela vendiendo mole de panza y el casi extinto mole de ajolote, vendedoras de tortillas, fruteras y mucho más.

También, las casas antiguas eran utilizadas en su mayoría como bodegas, donde solían guardar anafres, ropa, verduras, canastas y algunas frutas verdes, envueltas en periódico para que maduraran.

Y claro está, no podía faltar el detalle de los perros callejeros paseándose en el mercado.



MERCADO LA VICTORIA. Acrílico sobre tela 70 x 50 cm.
2021



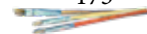
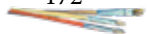
IMAGINARIOS



PERAS Y QUERUBINES. Acrílico sobre tela 55 x 45 cm.
2000



DUALIDAD. Técnicas mixtas sobre papel 39 x 29 cm.
2005



AUTORRETRATO
Acrílico sobre tela 50 x 70 cm. 2004

El artista, de manera reflexiva, manifiesta en su autorretrato su profunda entrega al arte. Aparece aquí en diálogo íntimo con el protagonista de la novela de Cervantes de Saavedra: *don Quijote de la Mancha*, recapitulando el periodo en el que dicho personaje fue muy significativo en su carrera como pintor, ya que Fernando Castellanos se identificaba con la importancia de tener sueños, esto es, una fuente de inspiración para crear personajes ficticios y expresar ciertas alegorías personales.

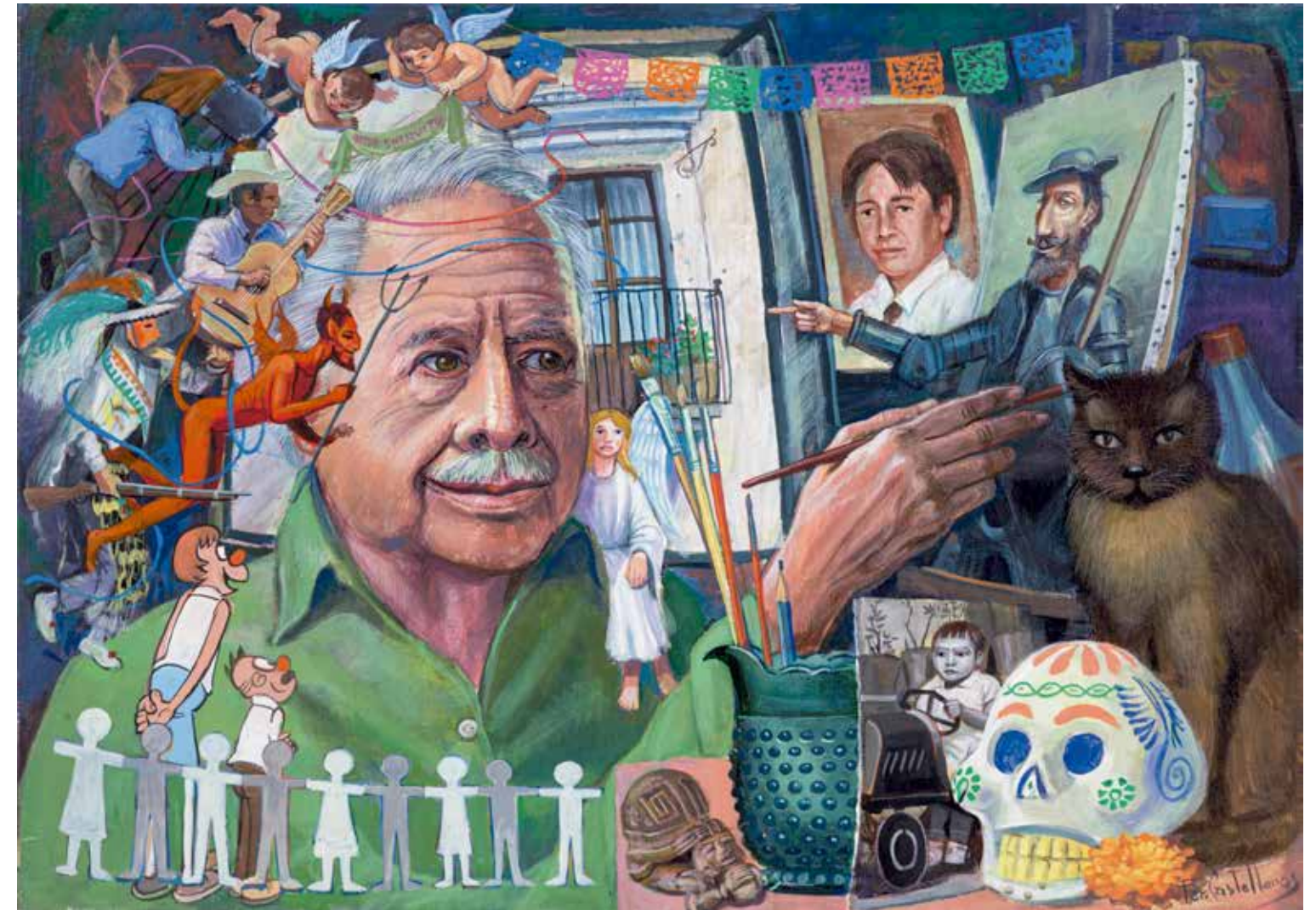
Para tal motivo, elige su estudio como escenario y, simbólicamente, deja al fondo una ventana abierta, exhibiendo la sencillez con la que se ha guiado en el transitar de la vida. Para rememorar la importancia de la familia, incluye unos muñequitos recortados en tiras de papel y un retrato (el de su fallecido hijo Fernando).

El artista, orgulloso de sus raíces y como parte de su identidad, plasma la esencia alegre de las fiestas regionales y religiosas, colocando un hilo con papel

picado de colores, calaveras de azúcar y flores de cempasúchil. Aunado a lo anterior, retrata a varios personajes típicos, como los zapadores del carnaval de Huejotzingo y los cantantes populares. Conforme las estampas representativas de Puebla, pinta balcones coloniales, a los fotógrafos que se colocaban en el Paseo Bravo, algunos querubines, una jarra pulquera de vidrio del barrio de la Luz y una ocarina prehispánica de Cholula.

Asimismo, demuestra su admiración hacia el artista e historietista, Gabriel Vargas, integrando en la escena a doña Borola y a don Regino, personajes de *La Familia Burrón*, compilación de temáticas que abordaban los cambios sociales de México.

Ya para cerrar, cerca de sus oídos modela, en un equilibrio de consejeros, a un diablito y a un ángel. En toda la obra destaca la armonía de los colores fríos y análogos, donde en menor cantidad utiliza el color rojo, por ser un toque discordante (en la pintura se le denomina timbre).



AUTORRETRATO. Acrílico sobre tela 50 x 70 cm.
2004



DIALOGO. Técnicas mixtas sobre papel 29 x 39 cm.
2005



LA FOTOGRAFÍA. Acrílico sobre tela 70 x 50 cm.
2007



BODEGÓN POBLANO
Acrílico sobre tela 70 x 100 cm. 2012

Este bodegón representa la mexicanidad. Aludiendo al lábaro patrio, ya que detenta los mismos colores, pinta una sandía y las tunas se incluyen para formar parte de uno de los elementos del escudo nacional. Algunos objetos personales, como sus pinceles, aparecen ahí por ser orgullosamente un pintor mexicano. Otros objetos de valía, como la silla de madera, decorada con asiento de palma, la jarra de barro negro bruñido y el mantel, son artesanías muy populares de Oaxaca.

Homenajea, sobre todo, a nuestra entidad al colocar algunos dulces poblanos: picones, tortitas de Santa Clara, jamoncillos, ates, y la granada que es uno de los ingredientes del famoso chile en nogada. También, resalta la importancia de los barrios de la ciudad capital con objetos típicos, como la jarra antigua que contiene flores de buganvilia, el dulcero, la canica, además del salero en forma de gallina de vidrio soplado (objetos hechos con un método artesanal).

Se puede mencionar que la mayoría de las nuevas generaciones desconocen que Puebla era la única ciudad que tenía ordenanza real para producir vidrio en

la Nueva España, y que el español, Antonio de Espinosa, fue el primer vidriero de México, una actividad que, por su importancia, no pasa desapercibida en la obra.

Al mismo tiempo, se incluyen juguetes tradicionales (como la muñequita acróbata de papel aglutinado), muy comunes durante la fiesta de Corpus Cristi, en el barrio del Parián, lugar donde también se pueden encontrar los charros panzones y las mulitas.

Para concluir, hay un toque fuerte de coloridos armónicos en los que resaltan los tonos ocres, los cuales evocan el oro viejo de las formas barrocas. Continuando con los símbolos angelopolitanos, Fernando Castellanos pinta un tibur, una jarrita, y, en todo el lienzo, traza líneas que recuerdan a los azulejos de talavera, representativos de las cocinas poblanas, reconocidas en todo el mundo.

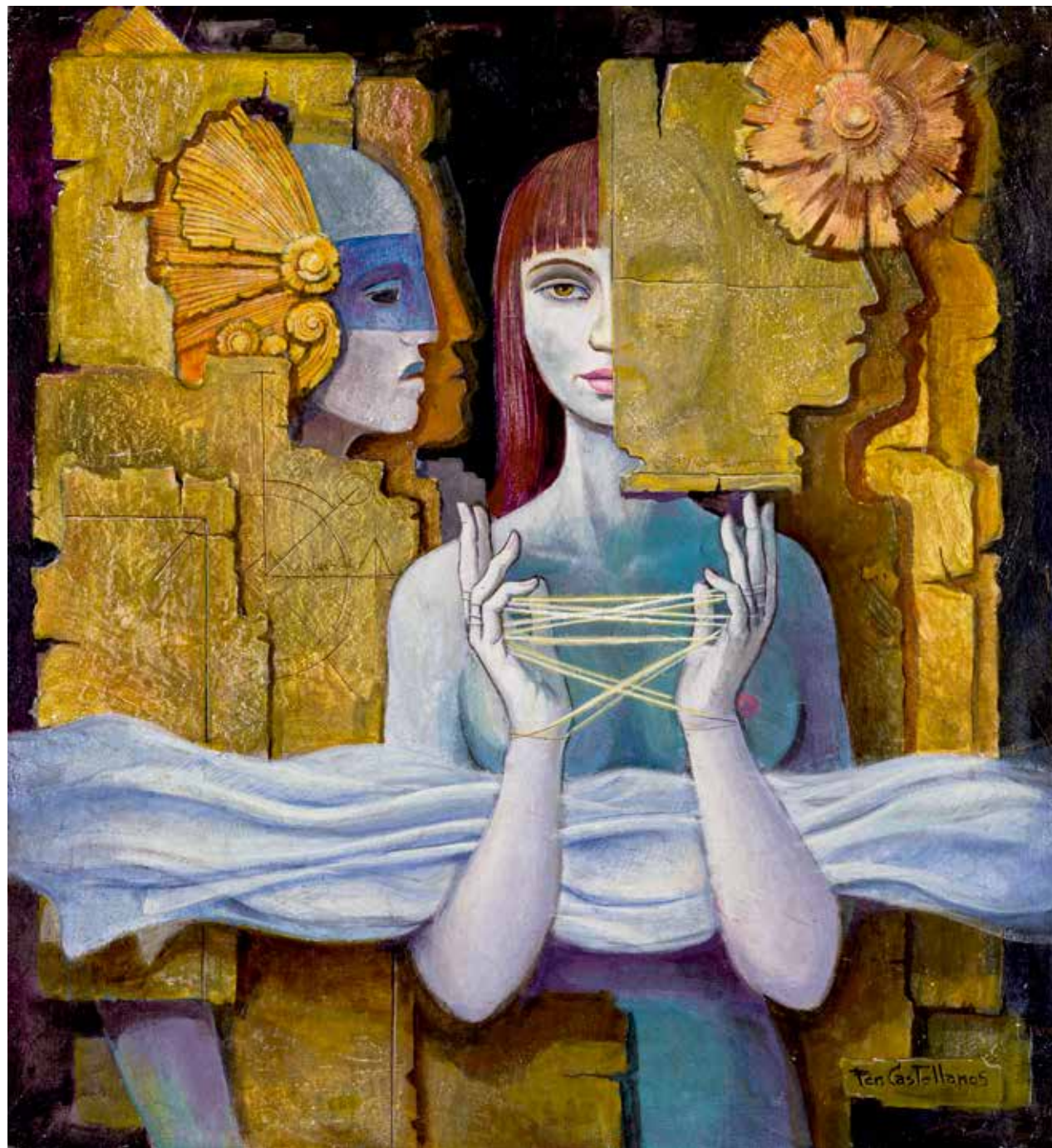


BODEGÓN POBLANO. Acrílico sobre tela 70 x 100 cm.
2012



ARQUITECTURA POBLANA. Acrílico sobre tela 50 x 100 cm.
2012

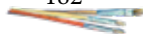


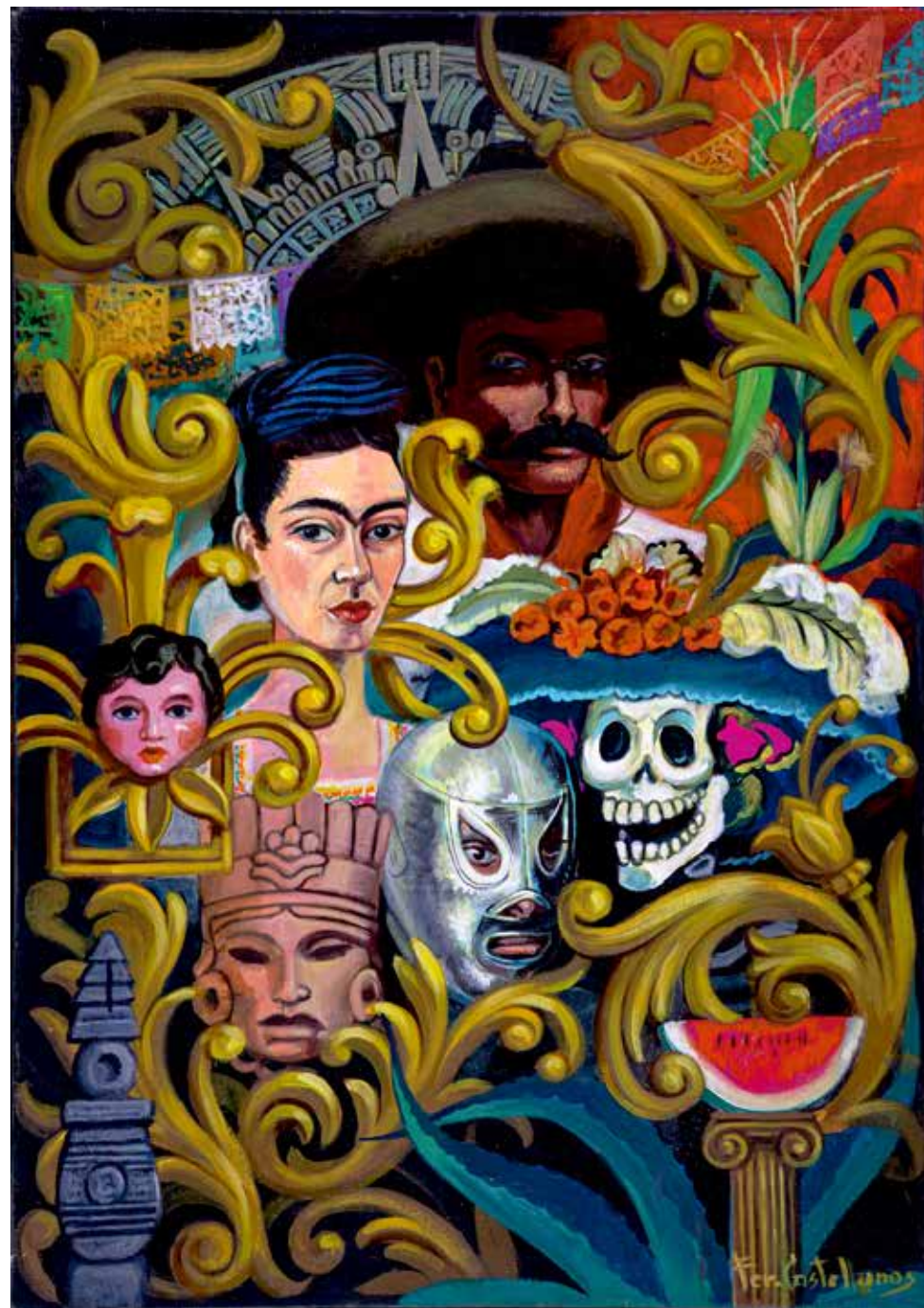


JUEGO MÁGICO. Acrílico sobre tela 80 x 90 cm.
2014

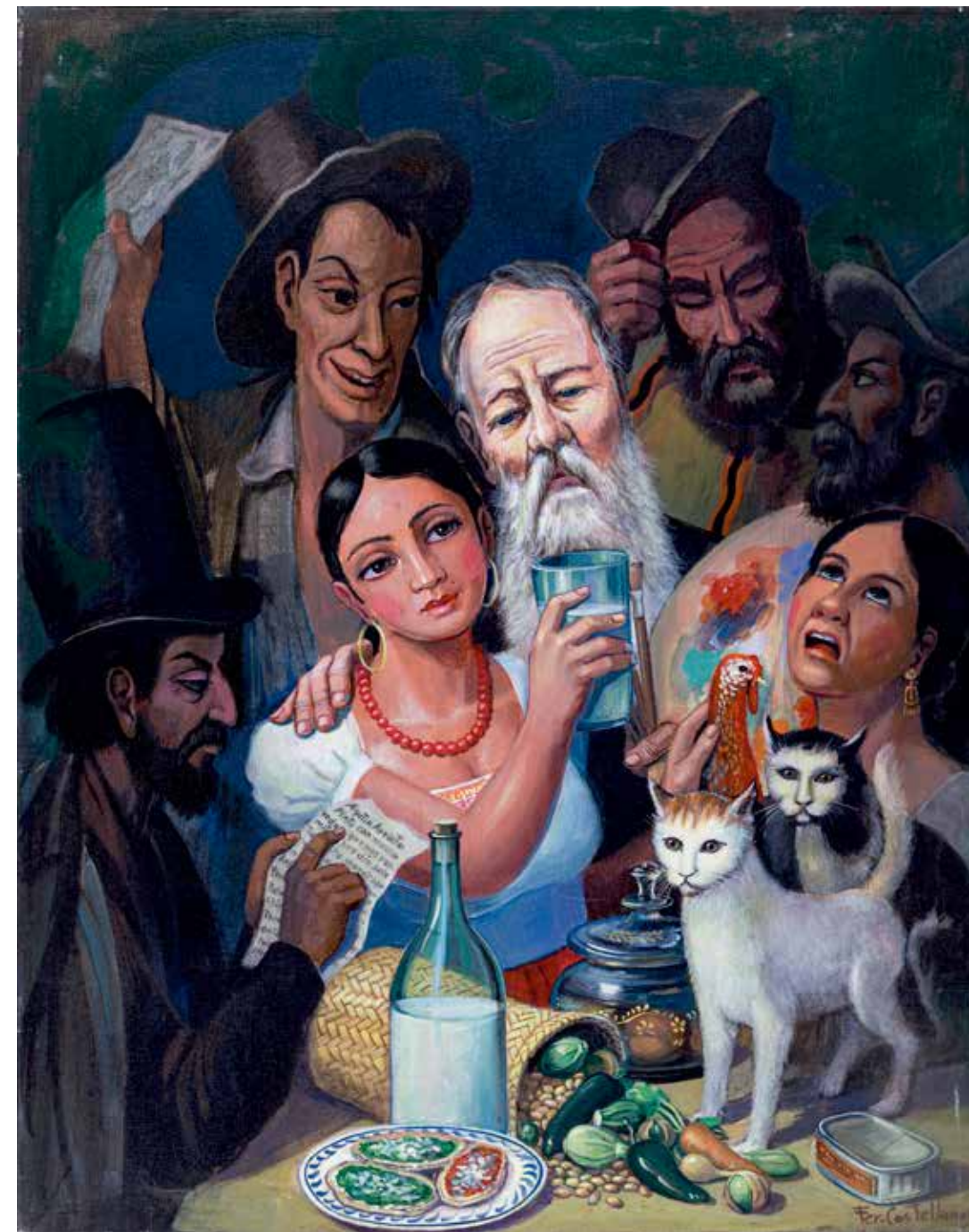


AMOR. Acrílico sobre tela 80 x 70 cm.
2016





MÉXICO CHURRIGÜESCO. Acrílico sobre tela 70 x 50 cm.
2018

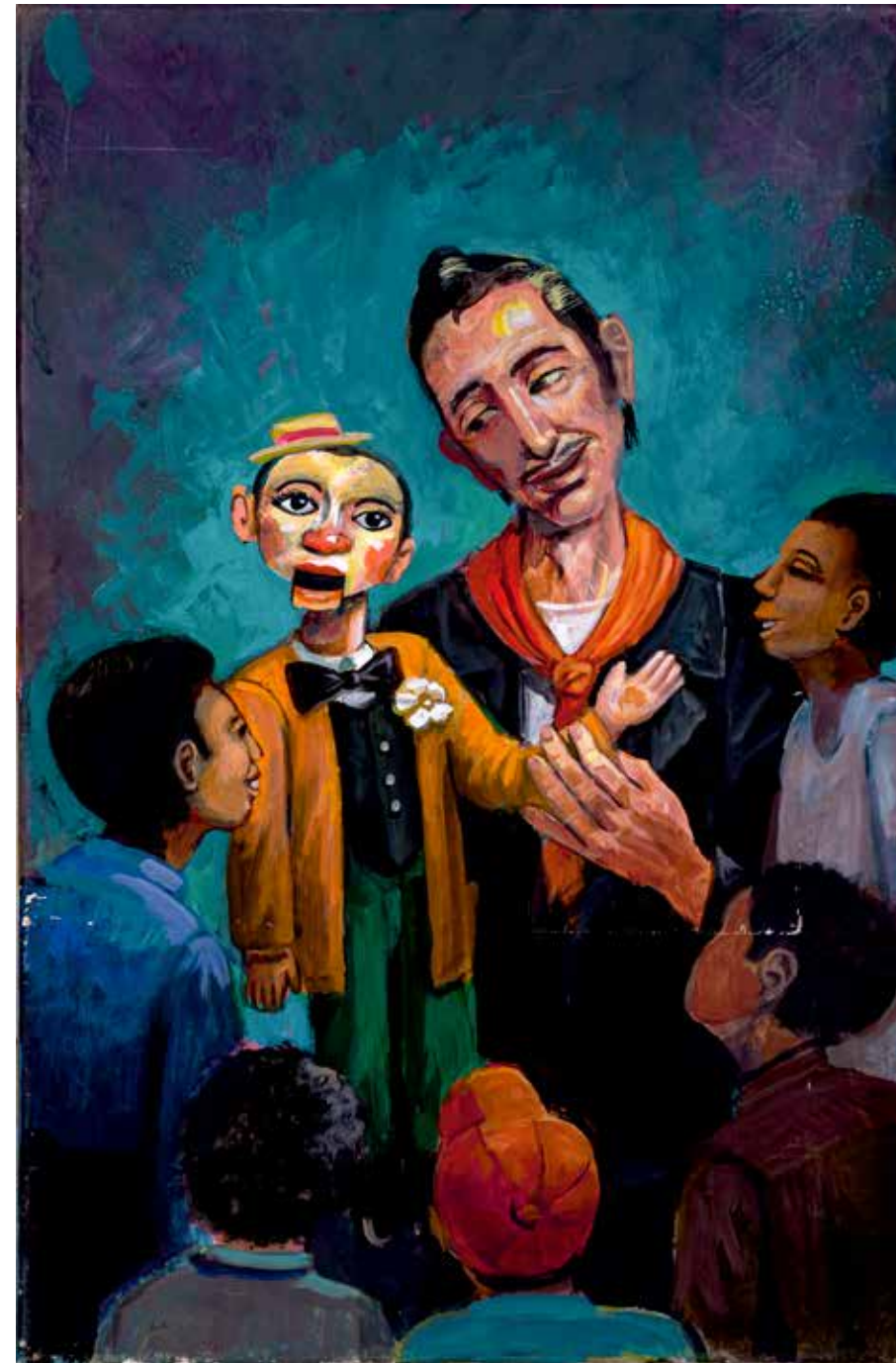


HOMENAJE A AGUSTÍN ARRIETA. Acrílico sobre tela 102 x 80 cm.
2018





LA CHINA POBLANA. Acrílico sobre tela 102 x 80 cm.
2018



VENTRÍLOCUO. Acrílico sobre tela 60 x 40 cm.
2019





CONCLUSIÓN

La herencia cultural que posee la ciudad de Puebla se hace notoria y evidente a través del pincel del maestro Fernando Castellanos. Su obra es un amplio repertorio de imágenes que nos remiten a los territorios y a las historias de vida de los poblanos. Es por ello que, en todos y cada uno de sus personajes, advertimos signos de nuestra propia biografía que conectan con momentos de nuestro pasado y, a la vez, trazan los rasgos de nuestra ciudad contemporánea.

Puebla ha sido cuna de grandes artistas que, con sus trabajos, han modelado los imaginarios y la identidad de sus ciudadanos. Han creado así, con cada una de sus obras, una tradición estética que inunda la retina del espectador con los colores y espacios característicos de la ciudad. Observar estas obras es apreciar la evolución del tiempo en el marco de los acontecimientos históricos y, al mismo tiempo, acercarnos a una contemporaneidad igualmente propia, que sigue revalorando con su arte las raíces de una ciudad heroica. Así es la obra del maestro Castellanos, quien explora constantemente su mundo inmediato, enlazándolo con un pasado de raíces firmes, original, honesto y vivo, que brilla con luz propia en su pintura.

Estamos convencidos de que, con esta publicación del pintor poblero, el Gobierno del Estado contribuye a la historia del arte en México y, de manera particular, la de Puebla. Concorre así al enriquecimiento del patrimonio cultural al que tanto aporta Fernando Castellanos con sus acuarelas, acrílicos y óleos, que en esta ocasión nos comparte gustoso. Su obra, en el ámbito inmaterial, lega un estilo y una escuela gracias a sus característicos trazos y a su particular uso del color. Es así que la paleta alegre y vivaz, única y original de Castellanos Centurión, ordena su maravilloso y fascinante mundo.






Crónicas de Fernando Castellanos

TERMINÓ DE DISEÑARSE Y DISTRIBUIRSE, DESDE LA CIUDAD DE PUEBLA,
DISPONIBLE EN EL SITIO DE LA SECRETARÍA DE CULTURA DE PUEBLA, CON UN
NÚMERO ILIMITADO DE DESCARGAS, PARA LECTURAS LOCALES,
NACIONALES E INTERNACIONALES, DE AUTORES POBLANOS.





El catálogo de obras que el lector tiene en sus manos muestra, de manera excepcional, el oficio que el artista Fernando Castellanos dirige hacia el género costumbrista, una tipología del arte que en términos pictóricos tiene larga tradición en México y, particularmente, en Puebla. La pintura costumbrista pone especial interés en trasladar al lienzo las características propias de una región, un país o un territorio concreto. Eso es lo que precisamente hace Castellanos a lo largo de su carrera, representar la historia de Puebla de los últimos setenta años con tal veracidad y acierto, que genera detalles de realidad que no escapan a nuestro tiempo porque siguen formando parte de la urbe de nuestros días.

Debe ser un honor, para cualquier admirador de su obra, sentirse identificado con el particular mundo que interpretan sus pinturas, las mismas que al contemplarlas seguro nos hacen esbozar una sonrisa. Nos convertimos en cómplices de su manera de mirar el mundo, pues en realidad miramos a través de sus ojos; por un instante nos convertimos en artistas. La magia de su obra, su talento creativo y su amplia carrera van más allá de este catálogo. Fernando es heredero de una importante dinastía de artistas locales que, con gran talento y generosidad, nos han regalado a lo largo del tiempo estas miradas frescas hacia nuestra hermosa Puebla, la que ahora, desde su propia trinchera, él también reinventa.

Isabel Fraile Martín
Mariano Castellanos Arenas



PUEBLA
Un gobierno *presente*



Secretaría
de Cultura